EL TEATRO ESPAÑOL

LA FUERZA DE LA LEY

DE

D. AGUSTÍN MORETO y Cavaña, 1618-1669

PERSONAS

SELEUCO, rey.
FILIPO.
ALEJANDRO, galán.
DEMETRIO, príncipe.
AURORA.
NISE, infanta.
IRENE, criada.
GREGÜESCO.

JORNADA PRIMERA

Salón de palacio.

Salen el REY y FILIPO, con memoriales y acompañamiento.

REY. Repetid el memorial.
¿Qué dudais? ¿Es para mí?
FILIPO. Sí, señor.
REY. Leed.
FILIPO. Dice así:
(¡Turba la presencia real!)
Lee. «Cintio, capitán de vuestra guarda, preso por haber incurrido en el crimen de adulterio, está sentenciado en vista de la pena de la ley. Suplica á vuestra Majestad....»
REY. Basta, excusad los enojos
que me da haberlo escuchado:
si en vista está condenado,
sáquenle luégo los ojos.
Por ley esta pena dí,
cuando esta ciudad fundé,
al adúltero; él fué
sin temor de ella, y de mí.
Pague, pues ha cometido
dos ofensas su osadía,
pues no perdono la mía,
ni puedo la del marido:
pues también yo como rey
fuí ofendido en su error,
porque de un rey es honor
el respeto de la ley:
y el que osado la quebranta,
siendo ella la autoridad,
le quita la majestad;
y siendo la ofensa tanta,
perdonar su desacato
es quitar, con indecencia,
el temor á la obediencia,
y el valor á su mandato.
Que se ejecute pondrás,
que una ley establecida
hace en uno no cumplida
atrevidos los demás.
Ni atemoriza ni asombra
que pueda, si le quebranta,
como sombra que no espanta
á quien ya sabe que es sombra.
Seleuco soy, pobre fuí,
á Alejandro acompañé,
de él este imperio heredé,
que en Grecia comienza en mí.
A Antioquía dí el renombre,
por Antíoco, mi padre,
la Silesia por mi madre,
y Seleucia por mi nombre.
Leyes, antes de fundallas
les puso mi autoridad,
que la ley de una ciudad
es basa de las murallas.
Mirad, pues, siendo fundadas,
para ejemplo á los futuros,
si he de dejar yo sus muros
sobre leyes quebrantadas.
Si mi grandeza es dejar
imperio á mis sucesores,
perdonando transgresores,
tendrán menos que heredar,
que esta corona imperial,
que en Grecia desde mí empieza,
si le quito la entereza
no se la dejo cabal.
Pague, pues, justos enojos

que dió á la ley y al marido,
que si yo hubiera incurrido,
yo me sacara los ojos.

FILIPO. (*Ap.*) (¡Qué severa majestad!
templarla fuera malicia,
que es la mano la justicia
del brazo de la piedad.)

DENTRO. ¡Alejandro viva!

TODOS. ¡Viva!

REY. ¿De qué es esta aclamación?

FILIPO. Alegres indicios son
de alguna nueva festiva;
mas que te la trae la Infanta
se infiere de su alegría.

Salen NISE, DAMAS y GREGÜESCO.

NISE. ¡Llegó la esperanza mía
al logro de dicha tanta!

REY. ¿Hija mía?

NISE. Gran señor,
si las voces de la fama
no te han dado ya el aviso,
buenas albricias me aguardan.

REY. Seguras en mí las tienes,
sabiendo, Nise, la causa.

NISE. Alejandro, gran señor,
que tus invictas escuadras
vuelve á Grecia victoriosas,
de resplandor coronadas,
que le da su sangre ilustre
(y á mí de amores las alas)
el aviso me anticipa,
permítela á mi esperanza,
que le estime esta fineza
cuando mi pecho le aguarda,
obedeciendo tu gusto
por digno dueño del alma.

REY. Dos gustos, Nise, recibo
con nueva tan deseada:
uno, en ver lo que te estima
tu primo, pues te adelanta
la nueva, y yo le agradezco;
otro, cuando la esperaba
con tanto deseo, y gusto
de ser tú quien me la traigas.
¿Quién fué el mensajero?

GREG. Yo.

REY. ¿Quién sois vos?

GREG. ¿Pues en las calzas
no me ve, que soy Gregüesco?

REY. Ya de tí no me acordaba.

GREG. Vuestra Majestad, sin duda,
come mucha mermelada,
que hace olvidar los gregüescos;
si no es que por otra causa
me desconozca.

REY. ¿Cuál es?

GREG. Que á puro correr jornadas
traigo el nombre hecho pedazos,
que para adornar me basta.

REY. ¿Viene bueno mi sobrino?

GREG. Viene tan ancho de cara,
que puede tomarse alforza,
y de los triunfos, que gana
por vos, tan hueco é hinchado,
que parece, cuando anda,
que va respirando tíos.

REY. ¿Estuviste en la batalla?

GREG. ¿Si estuve? Linda pregunta,
no se me ha olvidado nada:
ve si estuve bien en ella.

REY. Pues tú, ¿con qué tercio estabas?

GREG. Con un tercio de pescado,
que me duró una semana.

REY. Bien pelearías con él.

GREG. Sí, señor, que me lo hurtaban:
víspera de Pascua fué
el dia de la batalla,
y á mí, y á otros como yo,
por cabos salir nos mandan
de dos mangas de mosquetes,
cerrando todas las zanjas:
cogiéronla y escurrimos,
mas no perdimos las mangas,
porque salvamos los cabos:
encerréme en mi barraca,
mas luégo, al tercero día,
salí á ver si las hallaba,
para saber si eran buenas
las mangas después de Pascua;
pero ya, señor, los ecos
de las trompetas y cajas
dicen que Alejandro llega
lleno de plumas y galas;
y pues sabes lo que sobra,
él te dirá lo que falta.

NISE. ¡Qué bien suena en mis oídos
el estruendo de las cajas,
cuando victorias de Amor
con las de Marte se enlazan! (*Tocan cajas.*)

Sale ALEJANDRO con bengala, botas y espuelas.

ALEJAND. Dad, gran señor, vuestra mano
á quien logra de la fama
dos laureles, pues se mira
vencedor y á vuestras plantas.

REY. Llega, Alejandro, á mis brazos,
pues es digno de honra tanta
quien, con mi sangre y esfuerzo,
tan bien mi aliento retrata.

ALEJAND. Nicanor vencido queda,
y de Antígono la saña
tan rendida á tu poder,
que Babilonia, turbada,
queda ahora más confusa
que cuando torres levanta:
cortéle el soberbio cuello
á Nicanor, que sus armas
gobernaba, y con afrenta
volvió Antígono la espalda.

REY. ¿Pues cómo fué?

ALEJAND. De esta suerte.

GREG. Oigan, que va de batalla.

ALEJAND. De Babilonia, Antígono furioso
á la batalla á Nicanor envía,
y á orillas del Eufrates caudaloso
á campaña salieron él y el día:
dos ejércitos tuvo poderosos,
y Babilonia dos el cristal vía,
pues su espejo otro ejército formaba
con otra Babilonia, que él poblaba.
Sobre un fiero elefante, un trono armado,
para más alta majestad, decente,
conduce á Nicanor, que en él sentado
se ve al reflejo de su arnés luciente:
con franjas de oro al trono recamado
el adorno del bruto era pendiente,
haciendo entre el horror y la grandeza

fiero el adorno, hermosa la fiereza.
Iba el soberbio bruto á paso lento,
la tierra hollando con la hermosa planta,
áspero y liso el cuello ceniciento,
llenas de rugas manos y garganta;
el aire empaña con el negro aliento,
alta la tosca testa, con que espanta,
retorciendo la trompa á los colmillos
sobre los anchos dientes amarillos.
Yo, con mi gente poca y valerosa,
de la esperanza del vencer sedienta,
dí vista á la ventaja numerosa
de la suya, que en viéndome se alienta;
en un jardín, junto á una selva umbrosa,
mi gente, con la que él me representa,
los golpes que los suyos prometían
no eran tantos como ellos parecían.
Sobre un caballo Nicanor me mira,
alto, robusto, dócil y brioso,
por la abierta nariz fuego respira,
tascando el freno inquieto y espumoso,
con las manos arena al aire tira,
barre el suelo la crin, y pesaroso
al partir, por su obscuro color bayo,
parece nube de quien sale un rayo.
Puestos ya los dos campos frente á frente,
deja la trompa el ronco són horrendo,
dió señal para el odio la corriente,
las cajas del asombro repitiendo,
arma, arma el horror, hierve la gente,
párase el aire, rómpele el estruendo,
cierra la confusión, las armas suenan,
instrumentos de guerra el campo atruenan.
No de otra suerte al suelo atemoriza
el cielo, que de nubes se enmaraña,
cuando del rayo, que el cabello eriza,
cruje el trueno al rasgar su densa entraña;
como el furioso choque escandaliza
el cristalino velo, á quien empaña
humo y polvo, y el trueno de la guerra
asombra al cielo en nubes de la tierra.
Trabóse la batalla, y presumidos,
como de hambrientos cuervos banda espesa
al cadáver del campo desunidos
se precipitan, donde el hambre cesa,
se arrojan á nosotros atrevidos,
imaginando en la segura presa,
con fuerza hambrienta, pero no bizarra,
cebar el pico, sin fijar la garra.
Viendo yo desfilar sus escuadrones,
en un cuerpo me uní para escapalle,
y dejando correr sus batallones,
por medio de su ejército hallé calle:
el furioso tropel de sus legiones
dió en vacío en el cóncavo del valle,
y con el brazo, cuando el golpe ha errado,
su ejército quedó desconcertado.
Volví sobre ellos, que sin orden vagos,
un tercio á otro sin pensar batían,
dentadas hoces no hacen más estragos
en rubias mieses, que tu gente hacía:
á su incendio bastaban mis amagos,
de su horror el ejército moría,
fiero el intento, yo dos veces cierro,
porque me dió otra lanza con el hierro.
Á Nicanor llamé á batalla sola,
vino en un alazán de manos blancas,
que en el encuentro inquieto se enarbola,
con que las lanzas se pasaron francas;
mas volví, y falseándole la gola,
le clavé la cabeza por las ancas,
quedando por blasón de castigallo,
el penacho por cola del caballo.
La victoria por mí luégo se aclama,
huye Antígono, el reino se amedrenta,
Ptolomeo la nueva oyó la fama,
y á tu poder el suyo huir intenta:
su hija Fenix, á quien la hermosa llaman,
del tuyo esposa viene á ser contenta,
y yo de Nise pongo por la gloria
á tus pies la esperanza y la victoria.

REY. Mis brazos segunda vez
coronen tus alabanzas;
has, Alejandro, con ellos
el laurel de tus hazañas.

NISE. Otro el alma les previene,
que ya en los míos le aguarda.

GREG. Señor, pues ya de tus obras
á mí parte no me alcanza,
dame á mí un brazo de río,
que eso por premio me basta
como á Irene en él me metan.

IRENE. ¿Por qué?

GREG. La razón es clara;
porque tenga buena pesca.

REY. Premio tendrá tu esperanza.

GREG. Tendrá, señor, es futuro.

REY. Más tienes en mi palabra.

GREG. Según eso, bien podré,
si me muriere mañana,
hacer testamento de ella.

REY. Lícito es.

GREG. ¿Cabrá una manda
de cien ducados á un niño,
que me está criando un ama?

REY. ¿Hijos tienes?

GREG. Yo, señor,
las tardes desocupadas
suelo entretenerme en eso.

REY. Pues sí cabrá.

GREG. ¿Y para el alma
qué podré decir de misas,
que quepa en lo que me mandas?

REY. Las que lleve tu conciencia.

GREG. Mucho cabe, que es muy ancha.
¿Y será el entierro en coche
ó en público? ¿Muchas hachas?

REY. Las que quieras.

GREG. ¿Y capilla?

REY. Necio estás.

GREG. Es que yo andaba
por saber tanto más cuanto
lo que valdrá tu palabra.

REY. ¿Nise?

NISE. ¿Señor?

REY. Esta nueva
ya sin razón se dilata
para tu hermano Demetrio:
la tristeza que le acaba
podrá resistir con ella,
pues esta violencia enlaza
la venida de su esposa,
que tanto aplaude la fama:
á darle voy el aviso.

NISE. Señor.... (*Ap.*) (Mas será ignorancia
decirle á mi padre yo,
que mi hermano arde en la llama
amorosa de mi prima,

y de sus males la causa,
que verla casar con Fénix,
cuando él á Aurora idolatra.)

REY. ¿Qué dices?

NISE. Que si á Demetrio
le afligen tristezas tantas,
tratarle ahora de sus bodas
será, señor, aumentarlas.

REY. ¿No le ha de alegrar tal dicha?

NISE. ¿Sabes de su mal la causa?

REY. Nó; mas la que fuere sea,
que aquésta sola no basta:
yo voy á darle la nueva.

NISE. Señor, ve.... (*Ap.*) (Mas él le mata
con lo que aliviarle piensa.)

REY. Pues tú, Alejandro, descansa
mientras mi amor te previene
premio que á tu esfuerzo iguala.

ALEJAND. El que yo espero es, señor....

REY. Yo lograré tu esperanza.

GREG. ¿Y la mía, gran señor?

REY. Ten cuenta con la palabra.

GREG. Yo tendré cuenta y rosario,
y camándula y diez....

REY. Basta. (*Vase.*)

ALEJAND. Ahora, Nise divina,
de tu mano soberana
se coronen los favores
que alientan mis esperanzas.

NISE. Alejandro, con mis brazos,
pues mi fe en ellos te aguarda,
tus méritos se coronen
por feliz dueño del alma.

GREG. Ahora, Irene, entra el coloquio
lacayuno.

IRENE. Necio, aguarda,
que ahora toca á nuestros amos.

GREG. Dices bien; no me acordaba
que siempre se acaba el paño
entre lacayo y lacaya.

ALEJAND. ¿Hay dicha como la mía?

NISE. Sólo hay otra que la iguala.

ALEJAND. ¿Cuál es?

NISE. La que logro yo.

ALEJAND. Digno soy della en tu gracia.

NISE. Mas la turba una sospecha.

ALEJAND. ¿Cuál es?

NISE. No estar ajustadas
ya las bodas de Demetrio
dilatará mi esperanza.

ALEJAND. ¿Pues quién lo estorba?

NISE. Su gusto.

ALEJAND. ¿Cómo?

NISE. Á mi prima idolatra.

ALEJAND. ¿Qué importa eso?

NISE. El no poder
ser la nuestra anticipada,
y en el mar de amor, al tiempo
nunca hay segura bonanza.

ALEJAND. ¡Válgame el cielo! ¡No sé
qué recelo cobra el alma,
que me la asalta esa duda!

NISE. Y á mí el corazón me asalta,
y no sé lo que acá dentro
siento, que mueve mis ansias;
mas véte, que á saber voy
si el Príncipe lo dilata.

ALEJAND. ¿No me dirás lo que sientes?

NISE. Sí dijera, si acertara.

ALEJAND. ¿Pues lo que sientes ignoras?

NISE. Temor y amor son la causa.

ALEJAND. ¿Y el efecto?

NISE. Siento y dudo.

GREG. ¿Pica mucho?

NISE. El pecho abrasa.

GREG. ¿Y no sabes por qué pica?

NISE. No lo sé.

GREG. Pues será sarna.

ALEJAND. Quita, loco.

NISE. ¿En fin lo dudas?
Oye cómo es.

ALEJAND. Dilo.

GREG. Vaya.

NISE. Dentro del pecho siento de quererte
un ardor, que me obliga á desearte,
y un yelo esquivo en esta misma parte,
que por temor se engendra de perderte.
Con el yelo el ardor se hace mas fuerte,
porque teme apagarse, y si él reparte
las vivas llamas que encendió de amarte
contra el lento peligro de su muerte,
crece el deseo, de la llama abrigo,
por ayudarle, y de crecer sediento,
cobra más fuerza el yelo en mi enemigo.
Mira tú cuál será mi sentimiento,
porque lo sé sentir como lo digo,
mas no lo sé decir como lo siento.

GREG. Digo que es sarna otra vez.

ALEJAND. Pues, Nise, quien te idolatra,
si esto sientes tú, ¿á qué pena
tendrá asida su esperanza?

NISE. ¿Pena tienes?

ALEJAND. Sí, señora:
escúchala.

NISE. Dila.

GREG. Vaya.

ALEJAND. Sólo vivo en la gloria de mirarte,
sólo muero en la pena de no verte:
no temo mayor mal que el de perderte,
ni espero mayor bien que el de gozarte.
Vida es cuanto me lleva á desearte,
cuanto me aparta de tu vida, es muerte;
y si pudiera haber dolor más fuerte,
ese sintiera yo de no adorarte;
y si de tanto amor, de fe tan pura
seña quieres tener más verdadera,
imagina, señora, tu hermosura:
y en mirándote en ella, considera,
siendo tantas de amarla la ventura,
cuál la desdicha de perderte fuera.

GREG. Eso fuera sabañón,
que frío, duele que rabia,
y estando caliente, come.

NISE. ¡Ay, Alejandro, que el alma
se aflige con el temor!

ALEJAND. ¿Pues no es preciso en quien ama?

NISE. Y justo.

ALEJAND. ¿Pues qué remedio?

NISE. Ir á ver si lo dilata.

ALEJAND. ¿Quién?

NISE. El Príncipe mi hermano.

ALEJAND. ¡Qué hermosa desconfianza!

NISE. ¡Qué galán te hace la duda!

ALEJAND. ¿Pues este temor es gala?

NISE. Es crédito de quien quiere.

ALEJAND. ¿Y es más galán quien más ama?

NISE. La fineza el alma adorna.

ALEJAND. ¿Quién ve el adorno del alma?

NISE. Quien quiere de entendimiento.
ALEJAND. ¿Pues la voluntad no basta?
NISE. Nó, porque esa no se da.
ALEJAND. ¿Por qué?
NISE. Porque ella se arrastra.
ALEJAND. ¿Luego el querer no es fineza?
NISE. Nó, si al discurso se pasa.
ALEJAND. ¿Pues qué hace el discurso?
NISE. Aquesto.
Quien con el discurso ama,
sólo quiere lo que es digno,
porque ve, elige y alcanza:
quien sólo voluntad tiene,
quiere aquello que le trata,
sin ver lo que es, porque es ciega,
y este mérito no gana;
porque si lo que apetece
le obliga á querer con ansia,
quien busca lo que desea,
su gusto es sólo quien ama.
ALEJAND. ¡Qué divino entendimiento!
NISE. ¡Qué dichosas esperanzas!
ALEJAND. Si se logran.
NISE. Eso temo.
ALEJAND. ¿Qué temes?
NISE. Á la desgracia.
ALEJAND. ¿Por qué?
NISE. Es hija de amor grande.
ALEJAND. Mucho es el mío.
NISE. Eso basta.
ALEJAND. ¿Que es cierta?
NISE. Eso voy á ver.
ALEJAND. Guíete amor.
NISE. Él me valga:
¡qué galán desasosiego!
ALEJAND. ¡Qué hermosa desconfianza! (*Vanse.*)
GREG. ¡Ay, Irene, qué dulzura!
IRENE. ¿Qué dices?
GREG. Que se derrama;
echemos en este almíbar
un poco de calabaza.
IRENE. ¿Cómo ha de ser?
GREG. Á los dos
toca soneto por barba.
IRENE. El tuyo dí.
GREG. Va del mío
pintándote.
IRENE. Venga.
GREG. Vaya.
Es tal tu gracia, Irene, que al probarla,
da gloria á cuantos mata ya de verla:
tu rostro es el de un pez llamado Merla,
que nace en dos lagunas que hay en Parla.
Tus ojos son de aguja, que al pasarla,
se pican muchos sastres por meterla;
pues lo que es tu nariz, si fuera perla
no hubiera oro en Ofir con que pagarla.
Cierta bola interior tus dientes birla,
tu barba, á tener barba, fuera borla
del pendón de tu rostro, que alma burla.
No sé ya qué el amor pueda decirla;
y ves aquí tu rostro, aunque sin orla,
en barla, verla, birla, borla y burla.
IRENE. Oye el mío.
GREG. Ya le espero.
IRENE. Pues escucha.
GREG. Venga.
IRENE. Vaya.
Para pintarte, empiezo por la boca,
que como es de costal, mas no tan seca,
porque es aficionada, y no á manteca,
traes siempre tu mano, que me toca.
Tus bigotes helados, son de estopa,
á quien tu espada le sirvió de rueca:
en tu pie miro el Zancarrón de Meca,
y en tu nariz el albañal de Moca.
Toda tu habilidad es mala cuca:
contigo la limpieza se salpica,
el talle es de babieca, el juicio de haca:
es el pesebre quien te da en la nuca;
y este retrato mi pincel te aplica
en cuca, coca, quica, queca y caca.
GREG. ¡Grande amor!
IRENE. ¡Grande fineza!
GREG. ¿Te vas?
IRENE. Sí, dueño del alma.
GREG. ¿Dónde?
IRENE. Á merendar, si hay algo.
GREG. ¡Qué dolor!
IRENE. El beber agua.
GREG. Calla, que esa voz me ha muerto.
IRENE. ¡Ah, mal haya mi desgracia!
GREG. ¿Temes perderme?
IRENE. Si juego.
GREG. ¿Y jugarásme?
IRENE. Á la taba.
GREG. ¡Qué brío para el barreño!
IRENE. ¡Qué harnero para la paja! (*Vanse.*)

Salen MÚSICOS y DEMETRIO.

MÚSICOS. Desdichado del dolor,
que sanar de él es mayor.
DEMET. ¡Ay de mí! con cuanto escucho
crece mi delito loco;
todo á lo que siento es poco,
y á lo que padezco es mucho.
¡Oh infeliz Aurora! el medio
de vivir es olvidarte;
pero si dejo de amarte,
mayor mal es el remedio:
diga, pues, en mi tormento....
MÚSICOS. Desdichado del dolor,
que sanar de él es mayor.
DEMET. No prosiga vuestro acento,
cantad á otro intento ya,
que le dobla su cuidado
la pena á un desesperado
cuando sabe que lo está:
divertid con otro acento
el dolor de mis oídos,
que á veces por los sentidos
se engaña el entendimiento.

Sale AURORA.

MÚSICOS. Un mal, que violento viene,
muy poco puede durar,
porque al fin se ha de acabar,
ó acabar á quien le tiene.
AURORA. ¿Un mal, que violento viene,
muy poco puede durar,
porque al fin se ha de acabar,
ó acabar á quien le tiene?
¿Demetrio?
DEMET. Aurora, tú aquí,
¿es aliviar mi dolor?
De que es el mío mayor,
sobre esta canción que oí,
por prueba un discurso haré:

casado, Demetrio, estás.
DEMETR. ¿Qué dices?
AURORA. Oye, y verás
si para aliviarte entré.
Un mal, que violento viene,
muy poco puede durar,
porque al fin se ha de acabar,
ó acabar á quien le tiene.
Para ser más mi dolor,
casado, Demetrio, ya,
vida te dará mi ardor,
pues con mi muerte, tu amor
el Fénix renacerá:
Fénix vida te previene,
y mi amor dos penas tiene,
que son mi muerte y tu vida,
que no hace sola una herida
un mal, que violento viene.
Y si durando tu ardor,
se resiste á nuevo empleo,
será causarme temor,
pues siendo mío tu amor,
con otro dueño te veo:
y si cura á mi pesar,
mi muerte le ha de apagar,
ó él sin mí acabarse luégo,
porque sin materia, un fuego
muy poco puede durar.
Mira en tu amor empeñada
cuál, Demetrio, está mi vida:
si dura, desesperada;
si me quiere, desdichada,
y si ama, se me olvida:
porque el fuego hace cesar,
porque á Fénix has de amar,
porque ella te ha de vencer,
porque sin mí no ha de arder,
porque al fin se ha de acabar.
Sólo un consuelo hay aquí,
que el mismo dolor me dió,
y es, que en mí se acabe así,
que no ha de poder en mí
durar el mal más que yo;
porque si á ofenderme viene
con tal violencia el dolor,
con el rigor que previene,
ha de darme más valor,
ó acabar á quien le tiene.
DEMETR. Aurora, desesperado
me dejas con tu tristeza:
¿qué es haberme yo trocado?
¿qué es olvidar tu belleza?
¿yo estar con Fénix casado?
Primero que tan violento
el sí pronuncie mi labio,
pronunciará en mi tormento,
para no hacerte ese agravio,
mi vida el último aliento;
que en ceniza antes volviera
mi ingrata mano, sospecho,
que á otro dueño se la diera,
y si otro fuego no hubiera
me la quemara en el pecho.
La vida y el corazón,
que es vida, hiciera centellas,
alma, corona, opinión;
mas ¿qué hiciera yo en perdellas
cuando sin tí nada son?
AURORA. ¿Esa palabra me das?
DEMETR. Ser tuyo y morir prometo.
AURORA. El Rey viene, ¿qué dirás?
DEMETR. Retírate tú, verás
si me atará su respeto.

Sale el REY.

REY. ¿Hijo Demetrio?
DEMETR. ¿Señor?
REY. Tu grave melancolía
en mí logra su dolor;
pero presto su rigor
se trocará en alegría.
DEMETR. De vuestro amor, padre, fío,
que á esta pena rigurosa
vencer quiera el desvarío.
REY. Mira si es cierto, hijo mío,
pues que ya es Fénix tu esposa.
DEMETR. ¿Quién?
REY. Fénix, á quien aclama
el aplauso de la fama
por reina de la hermosura,
su reina Egipto la llama,
que tu corona asegura.
AURORA. ¡Ay Demetrio! Eso es perderte.
DEMETR. Si mi temor, padre, os calla
la causa de mal tan fuerte,
yo, en vísperas de mi muerte,
fuerza será el confesalla.
Esta pena, este dolor
á cuyos fieros enojos
resiste en vano el valor,
si no sabes que es amor
no me habrás visto los ojos.
REY. ¿Amor? ¿De quién?
DEMETR. Padre mío,
si este nombre, como es ley,
os templa en mi desvarío,
porque no os tema el desvío
no me escuchéis como rey.
Yo muero sin resistencia
por encubrir este amor;
siendo acepta mi obediencia,
si el respeto me sentencia
¿para qué temo el rigor?
¿Qué podéis hacer secreto,
si en el declararle irrito
más que yo, pues por mí muero?
Si el decíroslo es delito,
el de matarme es más fiero;
y pues en mi triste muerte
mi vida amparo no halla,
muera el dolor menos fuerte,
que es el rigor: es mi muerte
por Aurora.
REY. Calla, calla:
no sé cómo pude ahora
templarme en lo que he escuchado.
¿Siendo tu vasalla Aurora,
prefiere á quien es señora
de imperio tan dilatado?
Á haber tu error creído,
si que en mi sangre cabía,
ya te la hubiera vertido;
mas es cierto que ha caído
en la que no tienes mía.
DEMETR. ¡Señor!
REY. ¿Qué intentas decir?
Con Fénix te has de casar,
Demetrio, si has de vivir.

DEMETR. Pues si el remedio es morir,
señor, mándame matar.

AURORA. Cielos, ¿qué escucho? ¿qué espero
viendo su esquivo rigor?

REY. ¿Qué dices?

DEMETR. Que pues yo muero,
entre estas dos muertes quiero
la que es de menos dolor:
si mi amor y vuestra Alteza
han de quitarme el vivir,
muera yo de tu aspereza,
que lograr esta fineza
será alivio del morir;
que pues ya está el alma herida
de amor al impulso fuerte,
no irá á quitarme la vida,
sino á abreviarme la muerte,
siendo mi amor mi homicida.
En mi sangre amor está,
vuestra Alteza la engendró;
¿pues quién seguir mandará
el precepto que me da
antes el sér que me dió?
Y si mi amor es mi sér,
pues que mi aliento habilita,
cuando la llegue á vencer,
¿con qué le he de obedecer
si el amor no me le quita?
Si esta corona aficiona,
por dármela vuestra Alteza,
y mi vida no perdona,
¿de qué sirve la corona
si me quita la cabeza?
¿Estos afectos no son
mi mismo sér? ¿Es ajena
la sangre del corazón?
¿Hice yo mi inclinación?
¿Pues qué culpa me condena?
Advierta, pues, vuestra Alteza,
aunque el respeto le impida,
que de su amor no es fineza
ser padre de mi grandeza
y enemigo de mi vida.
Mas si no os puedo mover,
yo iré, señor, á morir:
la vida os puedo deber,
mas si la habéis de volver
no os queda más que pedir,
que el ser padre es razón fuerte
para que á su voz se mida
un hijo; mas, si se advierte,
quien no le excusa la muerte
no le obliga con la vida. (*Vase.*)

REY. Demetrio, hijo, escucha, espera.

AURORA. ¡Ay de mí! Sin alma voy. (*Vase.*)

REY. Menor mal será que muera,
que si su error permitiera
fuera faltar á quien soy.
Cese, pues, el casamiento
de Alejandro y Nise ahora,
que si remediar intento.
que haga un loco pensamiento
una vasalla señora.

Sale GREGÜESCO con un papel.

GREG. Dios me guíe en este intento.
Los pies, gran señor, me dad,
y este dón pobre aceptad.

REY. ¿Qué es esto?

GREG. Obra al casamiento.

REY. (*Ap.*) (Disimular quiero, pues
con lo que he determinado
queda todo remediado.)
¿Y á qué casamiento es?

GREG. Al Príncipe, obra importante.

REY. ¿Pues qué es?

GREG. Un epitalamio
que le escribí en un andamio,
porque no hay más consonante;
tiene críticas radiantes,
coluros, celajes, rumbos
cerúleos y otros retumbos
de poetas relumbrantes,
que en vascuence poco á poco
trocar la lengua pretenden:
los que oyen no lo entienden,
ni el que lo escribió tampoco:
su aplauso no ha de igualar
de Séneca una tragedia.

REY Mejor fuera una comedia.

GREG. Sí, mas la suelen silbar.

REY. Escribid bien.

GREG. No hay justicia;
si uno en un año una estrena
no hace nada aunque sea buena:
si cada mes con codicia
una saca, no hay razón
que esto descontarle quiera,
y en cerrando la primera
pierde la reputación:
ni por dos buenas ni un ciento
una mala se recibe;
mas en favor del que escribe
trae la humanidad un cuento
contra el mal intencionado,
que de expurgar la obra vive
del que no es ángel y escribe.

REY. ¿Y cómo es?

GREG. Va de contado:
Escribe Livio Cenacho....

REY. ¿Qué autor es ese?

GREG. Moderno,
que Polifemo, un invierno,
aquel gigante borracho
más célebre que el de Olías....

REY. Goliath sería.

GREG. Es verdad;
Olías ó Goliath
todo va por las folías.
Prendió á Ulises, hombre chico,
en su cueva, y por la hazaña,
se sentó á silbar su caña
con los labios de borrico.
De ocho ó diez viejas arpías
sobrino era Ulises, y
púsose á escribir allí
la historia de Matatías.
Silbaba el bestión muy rojo,
y él decía en su papel:
«Escriba yo y silbe él,
que yo les haré del ojo.»
Aplicatis por sus modos,
aplicantis se ve el fin,
y esto se dice en latín
porque esto no es para todos.

REY. Queja es justa.

GREG. Ya lo veo;
mas hay gente tan injusta,

que de una queja que es justa
habla más en un torneo.

REY. Llama á Alejandro. (*Ap.*) (El sosiego
de Demetrio solicito
con lo que á Nise le quito.)

GREG. Ella, y él de su luz ciego,
á tu presencia llegó.

REY. (*Ap.*) (Ceda á la razón de Estado:
todo amoroso cuidado
atajarlo pienso yo.)

Salen NISE, AURORA, ALEJANDRO y DAMAS.

NISE. Señor, del Príncipe el llanto,
causado de sus desvíos,
trae mi amor á tus plantas
y á solicitar su alivio.

AURORA. (*Ap.*) (Cielos, si soy desdichada,
la muerte por premio os pido.)

ALEJAND. Si es de causa, gran señor,
la tristeza de mi primo,
que pueda tener remedio,
que se le deis os suplico,
que lo primero es su vida.

REY. Nise, Alejandro, sobrino;
á nadie más que á mí importa
el sosiego de mi hijo,
siendo él para quien aumento
esta corona que ciño:
su quietud está á mi cargo,
y tanto por ella miro,
que los que son premios vuestros
quiero enlazar con su alivio;
y por pagar á Alejandro
las deudas de sus servicios,
le tengo casado ya.

NISE. (*Ap.*) (Albricias, amor, ¿qué he oído?)

ALEJAND. (*Ap.*) (¡Cielos, ya es cierta mi dicha!)

GREG. Alto, líbrame apellido,
grandeza, que en esta boda
de hongos hartarme imagino.

ALEJAND. Siempre, señor, serán vuestras
las honras que yo recibo.

REY. Tu prima Aurora es tu esposa,
que es en tí el premio más digno.

ALEJAND. ¿Quién, señor? (¡Muerto he quedado!)

NISE. (¡Cielos, sin alma respiro!)

AURORA. (El corazón se despulsa.)

GREG. (Con la Aurora ha anóchecido.)

REY. ¿De qué os turbáis?

GREG. Se han helado,
porque á la Aurora hace frío.

ALEJAND. Señor, yo.... si mi desdicha....

REY. ¿No es bastante ser marido
de mi sobrina?

ALEJAND. Señor,
siempre yo tuve creído
que vuestro favor....

REY. Os diera
el premio que os apercibo.

ALEJAND. Nó, sino á Nise.

REY. ¿Qué Nise?
¿Mi hija á vos? ¿estáis sin juicio?

ALEJAND. Pues, señor, si erré en pensarlo,
que me deis licencia os pido....

REY. ¿De darla luégo la mano?

ALEJAND. Mejor será que el retiro
de una aldea sea sepulcro
á mi dolor, si he perdido
la esperanza.

REY. ¿Qué esperanza?
¿No miráis que habláis conmigo?
Quien tuvo esperanzas locas
entréguelas al olvido,
y no despreciéis, osado,
premio, Alejandro, tan digno:
que si esta noche, que el plazo
de casaros determino,
no aceptáis tanto favor,
para inobedientes bríos
tienen cuellos las cabezas
y mis decretos cuchillos. (*Vase.*)

GREG. También tendrá horca y rollo
y piedra en él y en tu hijo:
iba á decir otra cosa,
que le suele hacer dar gritos.

ALEJAND. (Cielos, yo perdí alma y vida.)

NISE. (Ni aliento para un suspiro
me ha quedado.)

AURORA. (¡Muerta soy!
De Alejandro me retiro,
por no hacer más la desdicha.)

GREG. (Y yo á pensar un arbitrio
con que este viejo, por viejo,
quede peor que un vestido.)

NISE. (Ya no me mira Alejandro,
de que le perdí es indicio.)

ALEJAND. (Ya no llega á hablarme Nise,
seña es de haberla perdido.)

NISE. (Por no afligirle me voy.)

ALEJAND. (Por no ofender me retiro.)

NISE. (¿Mas esto no es más rigor?)

ALEJAND. (¿Mas esto no es más desvío?

NISE. ¿Alejandro?

ALEJAND. ¿Nise? Á un tiempo
los dos, señora, volvimos,
seña es de que un solo móvil
rige nuestros albedríos;
pero qué importa (¡ay de mí!)
que estén de un móvil regidos,
si cuando en el mar de amor
iba en bonanza el alivio
de la voluntad, con velas
de afectos y de cariños,
siendo el imán el deseo,
la esperanza el norte fijo,
la tormenta del poder
alborotó el mar tranquilo,
perdió el timón el bajel,
que era el piloto el aviso,
turbó el imán el deseo,
y ya del todo perdido
el norte de la esperanza,
dió por escollo en el risco
de la desesperación,
donde roto y desunido
entregó al mar por despojos
los desmayados sentidos,
que entre la espuma quedaron,
buscando para el peligro,
de las tandas de su llanto
las tablas de los suspiros.

NISE. ¡Ay Alejandro! ¡Ay señor!
¿Qué tormenta fué? ¿qué has dicho?
¿Yo sin tí? ¿yo sin perderte?
Cuando tú.... en vano porfío,
si están hablando los ojos
lo que en los labios prosigo.

ALEJAND. ¡Ah corazón desdichado!

Ahora, tormentos míos:
¿lloras, Nise?

NISE. Sí, Alejandro,
no lo extrañes, pues has visto
que aquí fué el sol mi esperanza,
yo el alba que con sus visos
lucía; salió el aurora,
murieron luégo los míos,
porque al sol siguió los suyos;
y como es común oficio
de alba y aurora, que viertan
llanto y risa á un tiempo mismo,
ella ríe lo que gana,
yo lloro lo que he perdido.

ALEJAND. ¡Ay Nise! ¡ay dueño del alma!
¿Yo he de perderte? ¿qué has dicho?
¿yo de otro dueño? ¿eso afirmas?
¿Antes que ese precipicio,
no tiene rayos el cielo,
venenos el artificio,
congojas el corazón
y el Rey tu padre cuchillo?
Y cuando me falte todo,
¿no tengo yo amor, bien mío?
¿Pues qué muerte más segura
que ver tus ojos divinos,
ó imaginar que los pierdo,
para morir á sus visos?

NISE. ¿Y será alivio tu muerte?

ALEJAND. Para mi mal será alivio.

NISE. ¿Y para mí, qué será?

ALEJAND. Para tí no sé: imagino
que es menor mal verme ajeno.

NISE. Nó, Alejandro, no lo admito;
mi padre es muy rigoroso,
pues mi desdicha lo quiso,
dale ya la mano á Aurora
y vivas felices siglos.

ALEJAND. ¿Ese rigor me aconsejas?

NISE. ¿Pues qué he de hacer, si es preciso?

ALEJAND. ¿No le embaraza la muerte?

NISE. ¿Y ella podrá hacerte mío?

ALEJAND. Nó, Nise; ¿pues qué remedio?

NISE. Sólo uno haber ha podido.

ALEJAND. ¿Cuál?

NISE. Irme ya para no verte.

ALEJAND. ¿Y ese es remedio ó martirio?

NISE. Véte, Alejandro, no des
más fuerza al tormento mío.

ALEJAND. ¿De tí quieres que me aparte?

NISE. No me aflijas.

ALEJAND. No te aflijo,
ya me voy.

NISE. Adiós, señor.

ALEJAND. Quédate adiós, bien perdido.

NISE. ¿Qué, te vas?

ALEJAND. ¿No me lo mandas?

NISE. No lo sé.

ALEJAND. Por darte alivio.

NISE. ¿Pues es alivio el dejarme?

ALEJAND. ¿No lo pides?

NISE. Si lo he dicho,
más basta ahora el deseo
para saber lo que pido.

ALEJAND. ¿Pues qué he de hacer?

NISE. Esperar.

ALEJAND. ¿Qué he de esperar?

NISE. Otro alivio.

ALEJAND. ¿Cuál es, señora? ¿qué dices?

NISE. Qué sé yo lo que me digo.

ALEJAND. ¿Qué alivio hay aquí?

NISE. La muerte.

ALEJAND. Y aun no es cierta.

NISE. El daño es mío.

ALEJAND. ¡Qué breve es el desengaño!

NISE. ¡Qué dilatado el martirio!

ALEJAND. ¿Así te vas?

NISE. Ya es preciso.

ALEJAND. ¡Qué desdicha!

NISE. ¡Qué dolor!

ALEJAND. ¡Qué crueldad!

NISE. ¡Qué delito!

ALEJAND. Sin mí voy.

NISE. Yo voy sin tí.

ALEJAND. Perdí el sér.

NISE. Yo el albedrío.

ALEJAND. Adiós, pues, muerta esperanza.

NISE. Adiós, pues, tormento vivo.

JORNADA SEGUNDA

Habitación en casa de Alejandro.

Salen AURORA con un lienzo en los ojos é IRENE.

IRENE. No llores tanto, señora,
que tu hermosura te avisa
que son envueltas en risa
las lágrimas de la aurora.

AURORA. ¡Ay Irene! ¿qué he de hacer?
¿Quédale ya á mi pesar
más alivio que llorar,
más vida que padecer?

IRENE. Ya estás casada, y tu amor
quiso malograr el cielo,
no gastes, pues, tu desvelo
en dar fuerzas al dolor:
ya en tu desdicha no hay medio,
y un triste, en dolor igual
se consuela con su mal
cuando no tiene remedio.
Quien siente un dolor cruel,
cuando es posible vencerle,
pena más que en padecerle
en procurar salir de él;
mas quien, si es preciso, sabe
juntar todo su valor
para sufrir el dolor,
le hace ser menos grave.

AURORA. No me deja consolada
esa razón, ni yo siento
de estar casada el tormento,
sino de estar mal casada.
Apenas la aurora bella
salir Alejandro vió,
cuando dejó el lecho, y yo
quedé llorando con ella.

IRENE. ¡Ay señora! esa pasión
tendrá remedio, si quieres:
de las comunes mujeres
aprende aquesta lección.
Mujeres hay de tal masa,
que les diera con cadena
menos susto un alma en pena

que su esposo entrando en casa;
y viendo que es mal forzoso,
á puro fingir de miel,
pasa á traguitos la hiel
del hígado de su esposo.
Más remedios no han fingido
las viejas para la cara,
que ella al venir tiene para
las cosas de su marido.
Si es triste, dice: «¿Qué tienes,
dueño mío? ¿qué dolor,
pues no te alegra mi amor?
¡Ay Dios, qué triste que vienes!
Hijo mío, así no estés,
mira que me das pesar;»
y si le viera ahorcar
le tirara de los pies.
Si le ve venir severo,
dice: «Bien mío, ¿tú airado?
No quiero estés enojado:
ea, digo que no quiero:
templa ese enojo cruel;»
y al cuello le echa los brazos,
y para apretar los lazos
imagina que es cordel,
y fingiéndole un puchero
le enternece y le reporta,
que para comerle, importa
saber manir el carnero;
y tras esto, tanto espera
en el fin de su dolor,
que le parece mejor
un hijo, que una pollera.

AURORA. ¡Ay pena esquiva y cruel!
Sólo considero aquí
qué hará Demetrio sin mí.
Pero ¿qué haré yo sin él?
¡Mas ay de mí! ¿quién ha entrado?

IRENE. Tu esposo.

Sale DEMETRIO.

DEMETR. No es sino yo.

AURORA. ¿Vos, señor?

DEMETR. Apenas vió
mi amor ya desesperado,
que Alejandro estaba fuera
de tu cuarto, cuando en él
me entré á templar el cruel
ardor que me desespera.

AURORA. ¿Señor, vos entráis aquí
turbado y descolorido?
¿Qué es esto?

DEMETR. Haberse caído
todo el cielo sobre mí:
vivo yo, ¿y tú desposada
con otro? ¿Qué rabia es ésta?

AURORA. No os doy, señor, por respuesta
más de que ya estoy casada.

DEMETR. ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!
¿Ese desprecio te oí,
cuando hallar pensaba en tí
de mi desdicha el consuelo?
No pensé yo, Aurora mía,
que en tí cupiera mudanza:
perder temí la esperanza,
no la fe que en tí tenía;
que amor que al correr no cesa,
es al arroyuelo igual,
que atajado su cristal,
se junta todo en la presa.
No pensé yo en este empleo,
que fué presa de tu amor,
hallar más tibio el ardor,
sino más vivo el deseo.
Hallar pensé en tu belleza,
por su violencia importuna,
quejosa con tu fortuna,
no esquiva con mi fineza:
porque amarte cuando estás
logrando brazos ajenos,
no era para hallarte menos,
sino merecerte más.

AURORA. (Responde, honor, ¿qué he de hacer?
¡Dura ley! ¡fiero pesar!
¿Si obligas á despreciar,
para qué dejas querer?)
Señor, ya trocada estoy,
desde que llegué á casarme,
la desdicha fué el trocarme,
mas ya trocada, otra soy;
ni yo ignoro su pasión,
ni mi amor; mas vuestra Alteza
tampoco de mi nobleza
ignora la obligación:
perdóneme, pues la sabe,
no oir lo que me condena,
que en mi amor cabe mi pena,
pero la suya no cabe. (*Quiere retirarse.*)

DEMETR. Oye, espera, Aurora infiel,
¿tú me dejas de esa suerte?
¿tú de parte de mi muerte,
para hacerla más cruel?
Si también perdí tu amor,
ya no tengo que perder:
llegue, pues, ingrata á ser
mi sentimiento furor.

AURORA. Señor, (¡empeño tirano!)
templáos: ¿qué es esto, señor?

DEMETR. Sólo templaré mi ardor
con la nieve de tu mano:
dámela, pues, homicida,
que si matarme te agrada
lo que era vida ganada
será veneno perdida.
(*Deja caer los guantes, el uno dividido del otro.*)

AURORA. Señor, advierta que está
tu Alteza fuera de sí.

DEMETR. Pues si estuviera yo en mí,
no me tuvieras tu allá.

AURORA. La resistencia se apura:
mirad que eso es frenesí.

DEMETR. ¿Y esto no estimáis en mí?

AURORA. Nó, señor, que una locura
ni obliga á amor, ni piedad.

DEMETR. ¿Tan mal pasa en su tormento
quien todo un entendimiento
da por una voluntad?
Pues ya que estoy de mí ajeno,
que me restaure tu amor
quiero.

AURORA. ¿Qué intentáis, señor?

DEMETR. Que me mate este veneno.

AURORA. (*Ap.*) (Mi pecho no es poderoso;
¡cielos, al honor apelo!)
Esperad.

ALEJAND. (*Dentro.*) ¡Válgame el cielo!

AURORA. ¿Qué es lo que escucho?

IRENE. Tu esposo.
AURORA. ¡Ay, señor, salid de aquí!

Salen ALEJANDRO y GREGÜESCO.

ALEJAND. En mi sombra tropecé
para torcerme este pie.
(¿Pero qué miro? ¡Ay de mí!)
GREG. Yo tambien he tropezado.
ALEJAND. (*Ap.*) (¿El Príncipe aquí, qué es esto?
¿con Aurora descompuesto,
descolorido y turbado?)
GREG. (Bellacas señales son:
sin duda nuestros tobillos
cayeron en los ladrillos
y ellos en la tentación.)
DEMETR. ¿Primo?
ALEJAND. ¿Gran señor?
DEMETR. (*Ap.*) (Yo muero.)
Hasta aquí os entré á buscar,
que os he menester hablar,
pero en mi cuarto te espero:
(al verle, otro mal me mata.) *(Vase.)*
ALEJAND. *(Ap.*) (¡Cielos, yo estoy sin sentido!)
AURORA. ¿Qué traes, señor?
ALEJAND. Me he torcido
este pie.
GREG. Y yo esta pata,
mas no me ha salido almagre.
AURORA. Pues, señor, que andes te pido.
GREG. Sí, por Dios, que un pie torcido
se puede volver vinagre.
ALEJAND. Dices bien, eso es mejor,
porque no cobre algún frío.
(*Ap.*) (¿No basta un mal, honor mío?)
AURORA. ¿Te ha dado mucho dolor?
ALEJAND. Nó, no es cosa de cuidado. (*Paséase.*)
Él cesará andando un poco.
(*Ap.*) (Tente, pensamiento loco.)
GREG. Yo me paseo á tu lado.
IRENE. ¿Pues caíste tú?
GREG. ¡Bobería,
siendo capitán! ¿Pues nó?
IRENE. ¿Pues qué importa eso?
GREG. Que yo
tropiezo de compañía.
AURORA. (*Ap.*) (Turbado está el corazón.)
¿Siénteslo menos, bien mío?
IRENE. (*Ap.*) (Eso sí, pese á tu tío,
vete tomando lección.)
ALEJAND. El calor lo vencerá:
¿habló el Príncipe contigo?
AURORA. Pensó que estabas conmigo,
y entró á buscarte hasta acá:
no dejes, señor, de andar.
ALEJAND. Que va creciendo imagino.
AURORA. Pues anda.
ALEJAND. ¿Há mucho que vino?
AURORA. Ahora acababa de entrar.
ALEJAND. ¿Ahora?
AURORA. Esta fué la ocasión:
¿y en qué caíste?
ALEJAND. No sé;
pienso que no tropecé
más que en mi imaginación.
(Vuelve á pasearse.)
IRENE. Tu belleza le apresura,
y esa sería la ocasión.
GREG. Nó, que para un tropezón
no he menester hermosura.
AURORA. Cuando ese amor le desvele
de mí queda bien pagado.
ALEJAND. (*Ap.)* (¡Oh, qué fuerte es un cuidado.)
¿Y entró solo? *(Vuelve.)*
GREG. Allí le duele.
AURORA. (*Ap.*) (Solo entró. Mucho cuidado
le da: cielos, ¿si le oyó?)
Tu voz, señor, me dejó
el corazón asustado:
¿te da ya menos desvelos?
ALEJAND. Ahora más vivo está.
¿Y ha entrado otra vez acá?
AURORA. Nó, señor. (*Ap.)* (¡Qué es esto, cielos!)
GREG. (*Ap.*) (Algo asustada la veo,
la pregunta es la ocasión;
las primeras damas son
que no gustan del paseo.)
AURORA. ¿Quieres que donde te heriste
te apriete una venda yo?
ALEJAND. ¿Á quién por mí preguntó?
AURORA. Á mí.
ALEJAND. *(Vuelve muy enojado.)* ¿Pues por qué saliste?
AURORA. Que erré sin culpa, es testigo
el corazón que te adora.
IRENE. Esa es la lección, señora.
ALEJAND. Yo no sé lo que me digo;
no puedes tú, Aurora, errar:
véte, que el dolor me obliga
á no pensar lo que diga.
AURORA. Aunque sea con pesar
de que en despedirse tarde
ese dolor, irme quiero,
que obedecerte es primero.
ALEJAND. Menos es ya: Dios te guarde.
IRENE. *(A Aurora.)* Esto es, señora, ficción,
y dalle.
AURORA. El vivir me va.
IRENE. Miren cuál la tengo ya,
sólo con una lección. (*Vanse.*)
ALEJAND. ¡Ay de mí! ¡Ay amor infiel!
¿No bastó el perder á Nise,
sin que tu traición me avise
de otra pena más cruel?
¡Cielos, un guante he mirado
que al Príncipe se cayó!
Quien aquí un guante dejó
no estuvo muy sosegado.
¿Mas qué indicio es éste? En vano
lo dudo, pues da á entender
el guante, que es menester
que se le vaya á la mano.
¡Ay de mí! guardarle quiero,
no lo entienda este criado.
GREG. ¡Ay señor! aquí he topado
un indicio verdadero
de más mal.
ALEJAND. ¿Qué dices, necio?
GREG. Un guante que se ha caído,
y que del Príncipe ha sido
se le conoce en el precio.
ALEJAND. *(Ap.)* (¡Cielos! en solo un encuentro
me prevenís todo el mal.)
GREG. Por Dios es mala señal,
porque estaba muy adentro.
ALEJAND. Necio, loco, majadero,
si se me cayó ahora á mí,
¿qué imaginas?
GREG. ¿Éste?
ALEJAND. Sí,

ves aquí su compañero.
¿Tan presto tu pecho indicia
ese malicioso error?

GREG. Soy casa pobre, señor,
y estoy hecho á la malicia.

ALEJAND. ¿Pues para malicia tal,
qué indicios aquí se ven?

GREG. Un guante, que huele bien
y obliga á discurrir mal.

ALEJAND. Véte, villano, de aquí
ó te mataré.

GREG. ¡Ay señor,
temple Nise tu rigor,
que entra en tu cuarto!

ALEJAND. ¡Ay de mí!

Salen NISE y DAMAS.

NISE. Avisa, Laura, á mi prima.
Mas ¡ay pesares! ¿qué veo?

ALEJAND. Veis, señora, á un infeliz,
un triste y mísero objeto
de la pena y del dolor,
de desdichas un compuesto,
un venturoso soñando,
un infelice despierto,
una muerte con que vivo,
una vida con que muero,
un cuerpo que está sin alma,
un alma que está sin cuerpo:
porque como os la entregué,
y os la han sacado del pecho,
hallando el mío, al volver,
de ansias y pesares lleno,
ni puede entrar en el mío,
ni quieren que vuelva al vuestro.

NISE. Creyendo que ya en su cuarto
no estuviérais, á ver vengo
á mi prima; mas estando,
me excusáis el cumplimiento.

ALEJAND. Tened, señora, esperad;
si es aquese vuestro intento,
yo me iré, porque mi esposa
logre los favores vuestros,
que acaso podrá tocarme
después á mí parte de ellos;
pues si ahora vuestro sol
recibe Aurora en su pecho,
cuando yo vuelva á sus brazos
gozar en ella el reflejo.

NISE. Esperad.

ALEJAND. ¿Qué me mandáis?

NISE. *(Ap.)* (Amor, dame sufrimiento,
ya que me das esta pena,
que si me matan los celos
también tú mueres conmigo.)
Que conozcáis que no quiero,
si logra Aurora mis rayos,
que hallar pueda algunos vuestros
entre los míos, que basta
que vos (¡ya no tengo aliento!)
los recibáis, sin que venga
á lograrlos de mi pecho,
porque si han quedado algunos,
ya en este retrato vuestro,
que cuando yo imaginaba
que eras mío, ya prevengo,
que esto fué imaginación,
os pido, si no el deseo,
digo el gusto, nó el cariño,
la ausencia (con nada acierto)
que os pedí estando en la guerra,
donde esgrimiendo el acero,
triunfante del enemigo
os retratásteis, os vuelvo:
tomadle, y mirad que lleva
de haber estado en mi pecho:
mas (¡pero cielos, que digo!)
adiós, que amor todo es yerros.

ALEJAND. ¿Qué es lo que llevas, señora?

NISE. Iba á decir....

ALEJAND. Eso espero.

NISE. Que de estar....

ALEJAND. Decidlo, pues.

NISE. Conmigo....

ALEJAND. Yo lo padezco.

NISE. Lleva.... mas no es tiempo ya.

ALEJAND. No me deis ese tormento.

NISE. Lleva más alma, Alejandro;
ya lo dije, ya lo peno:
mas sin habértelo dicho
pudieras tú conocerlo,
pues sabes bien lo que sé
y no ignoras lo que siento.

ALEJAND. Oye, señora.

NISE. ¿Qué dices?

ALEJAND. ¿Tú me das tal desconsuelo?

NISE. ¿Pues qué he de hacer?

ALEJAND. Darme alivio.

NISE. ¿Tantos son los que yo tengo?

ALEJAND. Pues no me des esta pena.

NISE. Está el corazón tan hecho
á darte de lo que tiene,
que por darte, aunque te pierdo,
sin saber lo que es, te da
de lo que tiene allá dentro.

ALEJAND. ¿Y es fineza?

NISE. Sí, Alejandro.

ALEJAND. ¿Dónde está?

NISE. En lo que te vuelvo.

ALEJAND. ¿Qué me vuelves?

NISE. La memoria.

ALEJAND. ¿Y la voluntad?

NISE. No puedo.

ALEJAND. ¿Por qué?

NISE. Porque la he perdido.

ALEJAND. ¿Perdido?

NISE. ¡Pluguiera al cielo!

ALEJAND. ¿Tuve la culpa?

NISE. No sé.

ALEJAND. ¿Y es fineza, ó puede serlo,
por volverme la memoria
quitarme el entendimiento?

NISE. Pues te ha quedado esperanza.

ALEJAND. Sólo de morir la tengo.

NISE. ¿Y yo la tengo de vida?

ALEJAND. Nó, señora: ¿pues qué harémos?

NISE. Muera yo, pues te he perdido.

ALEJAND. No viva yo, pues te pierdo.

NISE. ¡Oh violencia!

ALEJAND. ¡Oh tiranía!

NISE. Que no me mires te ruego.

ALEJAND. ¿Eso pides?

NISE. Y esto importa.

ALEJAND. ¿Por qué, si quedo muriendo?

NISE. Por no llevar este alivio
con que resista el tormento. *(Vase.)*

GREG. (Ahora entra aquí el furor:
¿va un doblón que hay manoteo?)

ALEJAND. ¡Ay de mí!
GREG. ¡Ay de mí también!
ALEJAND. ¡Cielos!...
GREG. (Mire si dí en ello.)
ALEJAND. Para ahora eran los rayos. (*Pasea.*)
GREG. ¿Señor, vuelves al paseo?
ALEJAND. ¡Ay, que mi pecho se abrasa!
GREG. Agua, señores, llamemos
las jeringas de la villa.
ALEJAND. ¡Que me abraso!...
GREG. ¡Que me quemo!...
ALEJAND. En fuego de amor y honor.
GREG. (Yo de comer un pimiento.)
ALEJAND. ¡Socorro, cielos!
GREG. ¡Socorro!
ALEJAND. ¿No hay quien le traiga?
GREG. ¡Agua presto!
ALEJAND. No basta.
GREG. Pues venga vino.
ALEJAND. Apaga, apaga el incendio.
GREG. Déjame entrar al tejado.
ALEJAND. ¿No ves que amor toca á fuego?
GREG. Es la verdad: dan, din, dan.
ALEJAND. ¿No lo has visto?
GREG. Ya lo veo.
ALEJAND. ¿Pues qué esperas, á qué aguardas?
GREG. Señor, por Dios que pasemos,
porque no hay nuncios en Grecia,
y hay mucho de aquí á Toledo.
ALEJAND. Bien tienes razón, amigo,
que no es de mi heróico pecho
esta desesperación;
¿mas qué he de hacer, si vinieron
sobre el incendio de honor,
que estaba en el alma ardiendo,
las llamas de amor, y juntas
dos causas para un efecto,
me quitó el fuego el valor
y el humo el entendimiento?
Mi primo (¡ay de mí!) de Aurora
amante, atrevido y ciego,
pues ahora reconozco
que este amor era su empeño.
¡Yo al mío desesperado!
¿Qué es esto, piadosos cielos?
Á un corazón afligido,
¿qué le dejáis de consuelo,
si era mi esposa su alivio
y está el alivio en un riesgo?

Sale DEMETRIO.

DEMETR. ¿Alejandro?
GREG. (*Ap.*) (Otra qui volta.)
ALEJAND. ¿Señor?
DEMETR. Cierto que estáis necio.
¿Cuando os espero en mi cuarto
vengo á buscaros al vuestro?
¿Qué os olvidáis de esta suerte?
(*Ap.*) (De celos y envidia muero.)
Aunque estáis reciencasado,
los cariños tienen tiempo,
y no estorba la asistencia
del Príncipe.
ALEJAND. Yo os la debo;
mas mi esposa....
DEMETR. Bien está.
(*Ap.*) (Aun esto sufrir no puedo.)
Vuestra asistencia esta noche
he menester, al empeño
de una dama que yo he visto.
(*Ap.*) (Sacarle de aquí pretendo,
y dejarle asegurado
donde pueda darme tiempo
para lograr atrevido
con Aurora á todo riesgo
de tanto ardor el alivio.)
Y fío de vuestro aliento
que me guardéis las espaldas.
GREG. Yo soy bravo para eso.
ALEJAND. Quita, necio.
DEMETR. Y vos también.
(*Ap.*) (Así aseguro mi intento.)
Venid, pues.
GREG. Nó, sino nó;
¿las espaldas? Vive el cielo,
que aunque fueran de tocino
las guardara entre tudescos.
ALEJAND. (*Ap.*) (Esto es querer deslumbrar
mi sospecha, y yo no puedo
tener con él más que queja,
que es mi príncipe en efecto:
dársela yo no es cordura,
disimular que la tengo
es alentar su osadía;
mas ya se me ofrece un medio,
que no es queja, y sea aviso
que le ataje sus intentos.)
DEMETR. Vamos, Alejandro.
ALEJAND. Vamos;
esperad, señor.
DEMETR. ¿Qué es esto?
ALEJAND. Los guantes se os han caído.
DEMETR. Os engañáis, que aquí dentro
no se me ha caído nada.
ALEJAND. Sí, señor, que éstos son vuestros.
DEMETR. ¿Míos son?...
ALEJAND. Sí, gran señor.
DEMETR. ¿Ó vuestros?
ALEJAND. Pues yo os los vuelvo;
vuestros son, señor, sin duda,
que ahora aquí se os cayeron:
tomadlos, pues, y advertid
que por estar más atento
á guardar bien lo que es mío,
os vuelvo yo lo que es vuestro.
DEMETR. (*Ap.*) (Cuando vine á ver á Aurora
se me cayeron; mas esto
no es para sospecha.) Vamos.
ALEJAND. Ved que vais en un empeño.
DEMETR. ¿De qué?
ALEJAND. Los guantes, señor,
trae el príncipe compuestos
de buen olor, porque visten
la mano, que es instrumento
de su liberalidad;
y el olor, sabe el discreto
que es símbolo del honor
pues por culto le ofrecemos
al altar en sacrificio;
y pues aquí se os cayeron
por dar honor á mi cuarto,
advertid que á ese aposento
no ha de quitar vuestra mano
lo que los guantes le dieron.
DEMETR. (*Ap.*) (Ya él sospecha, y cuerdamente
me avisa; mas yo estoy ciego
y he de atropellar con todo.)
Siendo para honores vuestros,

yo lo diera por ganancia
cuando llegara á perderlos:
venid.

ALEJAND. Perderlos, señor,
no es posible en mi aposento.

DEMETR. ¿Por qué?

ALEJAND. Porque en asistiros
me tenéis ya tan despierto,
que es preciso que yo vea
cuanto se os caiga aquí dentro.

GREG. (Muy mal huelen estos guantes,
y que se le vuelvan temo,
para mi amo de venado
y para Aurora de perro.) (*Vanse.*)

Sale IRENE con luces.

IRENE. Luces salgo á prevenir,
y pues sola me provoco,
de soliloquiar un poco
licencia vengo á pedir.
Mosqueteros, á estas pocas
coplas me dad la costumbre,
porque si ellas no dan lumbre,
son de fuego vuestras bocas.
De honor y amor mi ama herida
se ve, y yo he de discurrir
de qué nos viene á servir
el honor en esta vida,
y toda aquella bambolla,
que es desdicha no tenella,
y el que la tiene, con ella
no puede poner la olla.
Si por su honra una mujer
vive á la puerta cerrada,
por fuerza ha de ir la cuitada
á San Francisco á comer:
honor la veda, que acuda
á toda festividad:
honor le da gravedad,
pero la tiene desnuda:
honor la quita el paseo,
honor la da siempre susto,
honor la priva del gusto
y no la quita el deseo:
honor nos hace groseras;
¿pues de qué discurso en esto
sirve el honor, si tras esto
no da pollos ni polleras?
En las más noches condena
á ayuno á quien le ha tenido,
que parece que ha incurrido
en la Bula de la cena:
y al contrario de esta flor,
¡miren qué bien en la villa
pasa cualquier picarilla
que no sabe qué es honor!
Si ella se trata de holgar,
y á esto sólo está despierta,
ella vive á puerta abierta
y ninguno la va á hurtar;
ella todo lo va á ver,
su gusto á todo prefiere:
ella sale cuando quiere,
y entra cuando há menester:
no es pena faltarle el coche,
y tenerle es alegría;
si no vendimia de día
sale á rebuscar de noche:
si se tapa de medio ojo,
cuanto quiere ser parece:
come de lo que apetece
y no malpare de antojo;
y en vida tan desigual,
su gusto hace, y no es error,
pues porque no tiene honor,
á nadie parece mal.
Pues honor pataratero,
¿de qué sirves ó has servido,
si no me das lo que pido
y me quitas lo que quiero?
Mas ya el soliloquio cesa,
pues salen Nise y Aurora,
que en este partido ahora
uno juego, otro atraviesa;
y los músicos con ellas,
á aumentar melancolías.
¡Si estas penas fueran mías,
qué presto saliera de ellas!

Salen NISE, AURORA y MÚSICOS.

MÚSICOS. Corazón, pues tú quisiste
amar á quien te perdió,
que mueras y vivas triste,
¿qué culpa te tengo yo?

NISE. Aurora, á quien triste está
nada alivia su desvelo.

AURORA. Cuando yo busco consuelo,
poco tu pena me da.

NISE. Es verdad, y yo lo siento,
Aurora, pero la mía
es una melancolía
de ignorar mi sentimiento:
si ella tu pena aumentó,
ya en esa canción oíste....

MÚSICOS. Que mueras ó vivas triste,
¿qué culpa te tengo yo?

AURORA. Pues, señora, si tu pena
no es alivio de la mía,
no puede darte alegría
la que á mi pecho condena;
yo peno por la tibieza
que hallo en mi esposo, señora.

NISE. No es este dolor, Aurora,
alivio de mi tristeza.

AURORA. Pues irme será mejor,
que en mi preciso pesar
ni puede el tuyo aliviar
ni moderar su rigor;
y pues él no lo causó,
diré como tú dijiste....

MÚSICOS. Que mueras ó vivas triste,
¿qué culpa te tengo yo?

NISE. ¡Qué en vano son tus consejos!
Aquí sola me dejad:
retiráos, pues, y cantad,
que os quiero oir desde lejos. (*Vanse.*)

Sale DEMETRIO.

DEMETR. Ya á Alejandro asegurado
en una casa dejé,
donde en otra parte hallé
la ocasión que ya he logrado.
Él allí me ha de esperar
hasta que vuelva, y pues muero,
el alivio lograr quiero,
que no me puede estorbar.
¡Mas cielo, á mi desvarío
la ocasión Aurora da;

¡qué triste y suspensa está!
¡ay hermoso dueño mío!
Si mi padre te casó
y tú obedecer quisiste....

MÚSICOS. Que mueras ó vivas triste,
¿qué culpa te tengo yo?

NISE. ¡Ay cielos! ¿quién está aquí?

DEMETR. Yo, ingrata, yo, un desdichado,
que de favor coronado
en tu hermosura me ví,
y apesar de tu desvelo,
salamandra de mi amor,
vengo á vivir en tu ardor
por no morir en tu yelo.

NISE. ¡Cielos! ¿qué es esto, señor?

DEMETR. ¿Aurora?

NISE. Detente, hermano.

DEMETR. ¿Qué miro? (¡ay de mí!) no en vano
creyó su dicha mi amor;
como bien tan desdichado,
Aurora te imaginé,
mas ¿cuándo á un triste no fué
todo el bien imaginado?
¡Ay Nise! aunque tu beldad
ignore de esta pasión,
que padezco la aflicción
no lo extrañe tu piedad;
¿dónde está Aurora? (¡ay de mí!)
¿dónde está? ¿dónde se fué?

NISE. Señor, ¿tu pasión no ve
los riesgos que emprende aquí?
¿qué buscas, cuando advertir
debes tan justos enojos?

DEMETR. El veneno de sus ojos,
para acabar de morir:
déjame entrar á buscarla.

NISE. Señor, mira que es ahora
mi primo esposo de Aurora,
y á mí me toca guardarla.

DEMETR. No estoy para reparar,
ni menos para advertir:
yo he de buscarla ó morir.

NISE. (*Ap.*) (No he de poderle templar,
porque lo estorba su alteza;
mejor es que al Rey avise,
y débame, pues le quise,
Alejandro esta fineza.)
Señor, conociendo yo
el riesgo que te provoca,
advertírtele me toca,
pero defenderle nó. (*Vase.*)

DEMET. Ya yo estoy desesperado
y seguro de su esposo,
y á lo menos voy dudoso
cuando lo más he logrado;
mas si he de lograr mi amor,
las luces quiero matar,
que la luz me ha de ayudar
para apagar un ardor:
conque no me vea la obligo
á lo que mi amor intenta,
que aun el cómplice la afrenta
estorba como testigo.

Salen ALEJANDRO y GREGÜESCO.

ALEJAND. Ven tras mí.

GREG. Sin mí voy yo.

ALEJAND. Luégo su engaño pensé.

GREG. Por otra puerta se fué
y á palacio se volvió.

ALEJAND. Dejarme quiso seguro.

GREG. Mas olímosle la flor.

DEMET. Ya dilatarlo es peor.

ALEJAND. Mas todo el cuarto está obscuro.

DEMET. Logre mi amor la ocasión. (*Entrase.*)

ALEJAND. Pasos siento.

GREG. Y muy escasos.

ALEJAND. ¿Qué haré?

GREG. ¿Qué? Si sientes pasos
irte tras la procesión.

ALEJAND. ¡Cielos! ¿qué ocasiona estar
mi cuarto obscuro? Mas nó,
si á él el Príncipe volvió
poco tengo que dudar,
(¡ay infeliz!) pues que ví
tanto indicio al primer paso:
con el aliento me abraso;
mas no es posible (¡ay de mí!)
que si Aurora á estar no llega
muy ciega, ofensa me haga;
mas quien las luces apaga
no importa que no esté ciega:
dí, ¿vístelo bien?

GREG. No entiendo.

ALEJAND. ¿Salió el Príncipe?

GREG. Salió.

ALEJAND. ¿Y volvió hacia acá?

GREG. Volvió.

ALEJAND. ¿Siguiéndole tú?

GREG. Siguiendo.

ALEJAND. ¡Cuál se fragua un mal!

GREG. Se fragua.

ALEJAND. Destino es esto.

GREG. Destino.

ALEJAND. ¿Y vino á mi cuarto?

GREG. Vino,
y pluguiera á Dios fuera agua.

ALEJAND. ¿Pues qué espera el dolor mío?
(*Saca la espada.*)
Pasos siento, el aire abraso.

GREG. Yo escurro, que en este paso
no quiero ser el judío.

ALEJAND. Á dudar lo que haré llego,
que sin luz y con la ofensa,
que dudosa el alma piensa,
vengo á estar dos veces ciego.

GREG. Por donde voy ya de espanto
no sé, y pues este suceso
ha de salir luégo impreso,
sacar de él no quiero un tanto.

Sale el REY.

REY. ¡Extraña resolución!
Mas ¿cómo aquí obscuro está?

GREG. No hallo la puerta.

ALEJAND. (*Dale.*) ¿Quién va?

GREG. ¡Oh, pesie á mi corazón,
que los cascos me han quebrado!

REY. ¿Quién es? (*Topa con ellos.*)

GREG. En todo tropiezo:
¡ay, señor, que de cabeza
no estoy yo tan bién armado.

REY. ¿Qué es esto? ¿quién está aquí?
Criados, luces sacad:
¡ah de mi guardia! llegad.

ALEJAND. Este es el Rey (¡ay de mí!)
disimular me conviene
para asegurar mi honor.

REY. ¡Ah de mi guardia!

Salen DAMAS con luces, NISE y CRIADOS.

NISE. Señor....
¿qué es lo que tu voz previene?
ALEJAND. Señor, ¿para qué llamáis?
NISE. ¿Qué es esto?
ALEJAND. (*Ap.*) (¡Ah, honor desdichado!)
GREG. Si soy yo el descalabrado,
¿á quién se lo preguntáis?
REY. (*Ap.*) (Disimularlo conviene
por mi sobrino.)
ALEJAND. (¡Ay de mí!)
REY. ¿Quién estaba ahora aquí?
ALEJAND. Señor, ¿pues qué duda tiene
vuestra Alteza?
REY. Algún traidor,
de que he venido avisado,
causa me da este cuidado.
ALEJAND. ¿En mi cuarto?
REY. Sí.
ALEJAND. (*Ap.*) (¡Ay honor!)
REY. Y todo he de verlo yo.
(*Toma Alejandro la luz para acompañar al Rey.*)
ALEJAND. Entrad, ¿á qué os detenéis?
REY. Á que al Príncipe llaméis.
ALEJAND. ¿Pues dónde se halla?
REY. Adentro.
ALEJAND. Señor, á llamarle entro.
REY. Nó, yo he de entrar, esperad.

Sale AURORA huyendo del PRÍNCIPE.

AURORA. Cielos, mi honor amparad,
que el Príncipe está aquí dentro.
ALEJAND. (*Ap.*) (¡Ay de mí, empeño cruel!)

Sale DEMETRIO.

DEMET. La ocasión he malogrado.
GREG. El lance viene rodado,
que es lo peor que hay en él.
AURORA. Señor, mi honor es testigo.
REY. ¿De qué os asustáis, señora?
AURORA. De ver que el Príncipe ahora....
REY. El Príncipe entró conmigo,
porque avisados los dos
de una traición, aquí entramos,
á obscuras el cuarto hallamos,
y acaso encontró con vos,
porque él se arrojó delante
por el recelo que digo.
DEMET. Señor, yo....
REY. ¿Entrásteis conmigo?
DEMET. Sí, señor, en este instante.
REY. Y como á obscuras estaba,
¿encontrásteis con Aurora?
DEMET. Sí, señor.
REY. Siendo así, ¿ahora
de qué os turbáis?
GREG. (¡Cuál la clava!
¡oh viejo de mal consejo!)
ALEJAND. (*Ap.*) (Un Etna es cuanto respiro:
ya es cierto mi mal.)
GREG. (*Ap.*) (¡Qué miro!
¿Alcahuetico es el viejo?)
REY. ¿Vísteis alguien?
DEMET. Nó, señor;
solo todo el cuarto estaba.
GREG. (*Ap.*) (Al intento que él llevaba,
eso le estaba mejor.)
REY. (*Ap.*) (En causa tan afrentosa
yo pondré freno á su error.)
¿Alejandro?
ALEJAND. ¿Gran señor?
REY. Retiráos con vuestra esposa.
ALEJAND. Pues, señor, ¿qué es lo que pasa?
REY. No habéis menester saber
más, que os importa tener
cuidado de vuestra casa.
ALEJAND. No me dejan que dudar
razones tan evidentes.
GREG. (*Ap.*) (Como el viejo está sin dientes,
nos las quiere hacer mamar.)
ALEJAND. Ya te obedezco, señor.
(*Ap.*) (Honor, dame sufrimiento,
ó muera mi pensamiento
ó máteme mi dolor.)
Ven, Aurora. (*Ap.*) (Amenazarla
es error.)
AURORA. (Yo voy sin vida.)
ALEJAND. (Honor, ya es cierta la herida;
lo que ahora importa es curarla.)
(*Vanse los dos.*)
REY. Véte, Nise.
NISE. Ya te dejo,
y al dolor el alma rindo.
REY. Retiráos todos.
GREG. (¡Qué lindo
alcahuetillo es el viejo!)
(*Vanse todos y quedan el Rey y Demetrio.*)
REY. Ya estamos solos, Demetrio,
y ya el fingimiento cesa,
que obrar allí como padre,
y aquí como rey, es fuerza.
Como padre te saqué
del peligro, que una ofensa
hecha á un vasallo leal
es en el príncipe afrenta.
El príncipe á dar se obliga
honor á quien le merezca,
que cuanto da al buen vasallo
crece más en su grandeza;
y cuando el honor se ofende,
verá que la falta de ella
lo que al vasallo le quita
y lo que darle pudiera.
Premio y castigo en la mano
ha de tener el que reina,
no injurias, nó, porque tienen
contrarias naturalezas
y unas á otras se incluyen;
y así, cuando con violencia
toma la injuria en la mano,
se le caen las otras de ella.
Á dos peligros te arrojas,
Demetrio, en acción tan fea;
uno la alteza te quita,
y otro la vida te arriesga;
la alteza, porque la injuria
tenía del rey las señas;
la vida, porque no tienes
respeto que la defienda;
pues si el temor de perderte
el respeto es la defensa,
cuando no pareces rey,
no tienes quien te defienda.
El horror del sacrilegio
en quien contra el rey pelea,

le acobarda los impulsos
con que defenderle tiembla;
mas si en la injuria, la insignia
del tirano es la que llevas,
no es sacrílega la mano
del que no te la respeta.
Como padre, esto te advierto,
y como rey, mi entereza
os avisa de que tengo
castigos para el que yerra;
y no penséis, que por ser
hijo mío, os lo suspenda,
porque como rey, también
soy padre del que se queja.
La sangre de mis vasallos,
como rey tengo en mis venas;
vos seréis de la mejor,
mas ellos son de la mesma.
La del corazón del rey
es la justicia, temedla,
que aunque sois sangre, es la sangre
del corazón la primera.
Y para que no dudéis
el rigor de mi sentencia,
vos á mis ojos ahora
de quien sois no tenéis señas:
yo en dejar de castigaros
la insignia de rey perdiera,
y me pareciera á vos:
mirad ahora si es cierta.

DEMET. Pues ya que me le amenaza,
deténgase vuestra Alteza.

REY. ¿Qué he de oíros?

DEMET. Mi razón.

REY. ¿Razón hay para una ofensa?

DEMET. Sí, señor.

REY. No la digáis.

DEMET. ¿Pues será razón que muera?

REY. Sí, morir.

DEMET. Pues eso haré,
si el amor no me despeña.

REY. Por príncipe, la justicia
aun á mí no me reserva,
y aunque el cielo la ejecuta
en el rey, súbdito es de ella:
la ley es común á todos,
no faltéis á la obediencia,
que la fuerza de la ley
es más que la de esta pena.

DEMETR. ¿Pues qué he de hacer?

REY. Olvidarla.

DEMETR. No es posible.

REY. Ni el quererla.

DEMETR. ¿Y mi vida?

REY. Déjame,
Demetrio, que me atormentas;
mas yo á tan violento daño
pondré el remedio en la ausencia.

DEMETR. Yo moriré á su rigor
si no hay alivio á mi pena.

JORNADA TERCERA

Salón de palacio.

Salen MÚSICOS, EL REY y NISE.

NISE. Templad la riguridad,
señor, en esta ocasión.

REY. ¿Pues tan injusta pasión
puede mover á piedad?

NISE. Si ya ha llegado á quitarle
la vista de Aurora bella,
pues Alejandro con ella
vive en la quinta del valle,
no le des más desconsuelo
al Príncipe en su dolor,
de no verle, pues su amor
causa violencia del cielo:
la que esta pasión obliga,
estrella enigmática es,
y no es razón que tú estés
de parte de su enemiga.

REY. Por vencer su obstinación
mi atención condena ahora
á Alejandro con Aurora
á un destierro sin razón;
pues si este rigor no es justo,
¿quieres que piadoso sea
con un delito, y que vea
llorar amor tan injusto?
Consuela tú su tormento,
que esto te está bien á tí,
que harta piedad es en mí
permitir su sentimiento.

NISE. Este es su cuarto, aquí está;
yo mi música he traído
para aliviarle, y te pido
que le veas.

REY. No podrá
mi entereza, cuando ofrece
tanta culpa su rigor,
que la causa del dolor
le informa lo que padece.
Consuélele tu fineza,
que yo voy á prevenir
que salgas á divertir
hoy al campo tu tristeza. (*Vase.*)

NISE. ¡Oh pena tan desdichada,
que me obligas á callar!
¿Vengo para consolar,
ó para ser consolada?
Cantad, pues, que ya se ofrece
el Príncipe allí sentado:
en lo sufrido y callado
bulto de piedra parece.

Descúbrese DEMETRIO sentado, mirando un retrato.

MÚSICOS. De los rigores de amor
muriendo Demetrio está;
nunca más quejas al alma,
ni con menos libertad.

DEMETR. ¡Ay de mí! ¡ay divina Aurora!
¿viéndote yo, no me ves?

NISE. ¿Hermano? ¿señor?

DEMETR. ¿Quién es?

NISE. Quien más por tu pena llora;
¡bien sabe amor que es verdad!

DEMETR. ¡Ay Nise! ¡ay hermana mía!

si esa violenta porfía
mueve tu pecho á piedad,
no extrañes que á este retrato
haga testigo mi amor
de la razón de su ardor.

NISE. No es tu dolor muy ingrato,
si este alivio te dejó,
aunque sus ansias te ultrajen.

DEMETR. ¿Pueden quitarme su imagen
teniendo memoria yo,
que justamente me apura?
Mira, Nise; mas primero
perdóname estar grosero
delante de tu hermosura.
¿Cuando yo este rostro veo
no hago mi dolor dichoso?
¿Puede rostro tan hermoso
hacer mi delito feo?
Mira ese limpio cabello
que vence al oro de Ofir:
¿tengo yo culpa en morir
con estos lazos al cuello?
¿Hay quien culpe mis empleos,
viendo á esta frente el candor,
si dan los tiros de amor
este blanco á mis deseos?
¿Sus bellos ojos no extrañas,
al uso de amor vestidos,
pues los tiene guarnecidos
de puntas y de pestañas?
¿Estas mejillas hermosas
no dan flores mil á mil?
¿Yerro en pensar que es Abril
quien lleva siempre estas rosas?
¿Su labio al nácar igual
no disculpa la osadía
de entregarme á amor, que cría
tan finísimo coral?
Las finas perlas agudas
de sus dientes, que al cogerlas
las dió el amor, siendo perlas,
más precio por ser menudas.
Su cuello, nieve que abrasa,
basa es del rostro hasta el pecho,
y de alabastro está hecho
porque le sirve de basa.
¿Quién condena (si esto veo)
que arrastre en tanta fineza
el imán de esta belleza
el yerro de mi deseo?

NISE. Nadie. (*Ap.*) (¡Cuando estoy aquí,
de mi desdicha celosa,
pintármela muy hermosa
buen consuelo es para mí!)
Tienes, hermano, razón;
procúrate divertir.

DEMET. ¡Ay triste! ¡yo he de morir,
no hay remedio á mi pasión!

NISE. Cantad, sea el dulce acento,
suspendiendo su rigor,
la tregua de ese dolor,
pero no de mi tormento.

MÚSICOS. Dos corazones heridos
de una misma enfermedad,
ambos se daban la muerte
por no decir la verdad.

DEMETR. ¿Qué es esto, Nise, qué lloras?

NISE. Hermano, siento tu mal,
que aunque no sé qué es amor
(¡oh, si esto fuera verdad!)
al oir aquella letra
me llega al alma el pesar,
porque al verte padecer,
por ver que llorando está
otro dueño esa hermosura,
como en nuestros pechos hay
una misma sangre, tiene
tal simpatía tu mal
con mi propio sentimiento,
que siento yo ese pesar
del mismo modo que tú;
y cuando llorando estás
que él la goza, yo también
lloro eso mismo, y aun más,
porque tú sientes perderla,
yo que él la llegue á gozar;
tú que es hermosa y no es tuya;
yo que eso le empeña más;
tú que te culpa tu pena;
yo que es afrenta llorar;
tú padeces en la tuya,
yo en mi silencio mortal,
tú lo explicas, yo lo callo,
en tí es Etna, en mí volcán;
tú te abrasas y yo lloro,
tú eres fuego y yo cristal,
porque en esta pena somos,
para padecerla más,
dos corazones heridos
de una misma enfermedad.

DEMET. ¡Ay Nise! que yo también
doblé al oirla mi mal,
porque me acordó esa letra
que cuando pude gozar
de los favores de Aurora
los malogré en su beldad,
en callar yo mi temor
y ella su amor inmortal;
pues si al decir que mi padre
me trataba de casar,
ella su amor confesara,
yo, obligado de ella ya,
la posesión de los dos
fuera estorbo de este mal;
mas ella por su recato,
yo por temerla enojar,
ella encubrió la fineza,
yo disimulé mi afán,
ella mintió su desdén,
yo mentí el riesgo á mi mal,
ella encubría su afecto,
yo callaba mi pesar,
yo temeroso, ella honesta,
yo asustado, ella sagaz,
yo en mi riesgo, ella en su honor,
cobarde uno y otro leal,
nuestros finos corazones
callando y sufriendo más,
ambos se daban la muerte
por no decir la verdad.
Mas me aflige esta memoria:
¿es posible que no hay
remedio para mi pena?
¿Que he de morir? ¿La piedad
falta para una desdicha?
¿Pues dónde, cielos, está?

NISE. Señor, hermano, procura
vencer tu pena; este mal

tiene imposible remedio;
casado Alejandro está,
y vive ya de la corte
desterrado, á su pesar,
y quiero ya en su sospecha,
viendo su esposa leal,
y que tú te has sosegado.

DEMETR. No es posible; en vano das
consejos á mi dolor:
cielos, yo muero.

NISE. (*A los músicos.*) Cantad;
siéntate, hermano, sosiega.

DEMETR. ¿Qué sosiego bastará?

MÚSICOS. Las saetas de los celos
atormentándole están,
que quien supo querer bien,
no olvidar supo jamás.

NISE. ¡Ay de mí! ¡qué duras puntas!
dormido el Príncipe está,
su dolor le habrá rendido;
señor, hermano. Cesad,
retiráos todos, no quiero
este alivio malograr
á un triste, que cuando duerme
sin sentimientos está.
(Vóime; mas dudo si el sueño
es cautela de su mal,
porque hace nuevo el dolor
en volviendo á despertar.) *(Vase.)*

Sale ALEJANDRO.

ALEJAND. Porque hoy le asista en el campo
me llama el Rey; ¿dónde va
mi obediencia, si de Nise
vengo al peligro mortal?
Pero mi primo está aquí;
el fuego de honor, que está
cubierto ya de cenizas,
arde en su presencia más.
¿Mas qué digo? ¿de mi esposa
no tengo seguridad?
¿á prueba de mis sospechas
no está su pecho leal?
¿el Príncipe no ha olvidado
ya su ciega voluntad
desde que vivo en la quinta?
Es príncipe, y claro está
que ha de vencer su grandeza:
duerme, sí, quiero callar;
mas esto es atrevimiento;
nó, que licencia me dan,
ya de su intento olvidado,
el amor y la amistad;
pero un retrato en la mano
tiene: cielos, ¿quién será?
alguna dama sin duda,
que asiste por olvidar
las ofensas de mi honor;
quién es veré; es liviandad:
sea quien fuere, ¿para qué
su gusto he de averiguar?
Y aunque lo ignore ¿en mí es culpa?
Mas si se asegura más
mi quietud, viendo á quien ama,
¿por qué no lo he de mirar?
Llego, pues: cielos, ¡qué miro!
Ojos ¿cómo no cegáis?
Mas ya lo estoy, que á perder
llegué la luz que tenía.
Sombra de mi fantasía,
pues no tienes otro ser,
sombra que yo llego á ver,
sombra mi labio te nombra,
y más por sombra me asombra,
porque infiere el alma atenta
que tiene cuerpo mi afrenta,
pues nace de ella mi sombra.
Yo te imaginaba honrada,
mas ya temo tu traición,
que no es firme tu opinión,
pues estás ya retratada;
mirándome estás pintada.
¡Cómo me miras, mujer!
¿No me llegas á temer?
Mas siendo tal mi furor,
pues me miras sin temor,
no me debes de ofender.
Mas ¿qué dudo, si el pincel
tiene mi afrenta pintada?
No eres tú la retratada,
sino mi afrenta cruel,
y pues el retrato es él,
cierta es mi pena mortal;
traslado eres de mi mal,
que aunque lo niegue mi agrado,
donde hubo aqueste traslado,
también hubo original.
Príncipe injusto y tirano,
ya de tí no hay que esperar,
pues me quieres agraviar
y está mi afrenta en tu mano;
ya que eres tan inhumano,
disimularas tu error;
de mi deshonra pintor
has sido, ¿mas qué te pido,
si encubrirla no has podido
dándola tanto color?
Cielos, á darle la muerte
me incita el dolor airado;
pero tente, impulso osado,
y que es mi príncipe advierte;
pero no vuelve, ya advierto
que es mi príncipe, y concierto
del cielo para templarme,
porque si intento vengarme,
me le enseña como muerto.
Mas ya al discurso enemigo
debo un aviso; el retrato,
que me volvió el pecho ingrato
de Nise, traigo conmigo;
á trocársele me obligo;
con la espada en mi defensa
pintado estoy; bien lo piensa
en trocarle mi esperanza,
pues le pinto la venganza
á quien me pintó la ofensa. *(Vase.)*

DEMET. (*Soñando.*) Tente, primo, mi deseo
ya á mi pesar reprimí;
¿tú el acero contra mí?
donde.... (*Despierta.*) Mas ¡cielos, qué veo!
con nuevo asombro peleo;
cuando Alejandro me asombra
y en sueños mi voz le nombra,
le hallo aquí en el mismo empeño;
pero ¿qué mucho, que á un sueño
se le parezca una sombra?
Hola (mi asombro es preciso)
¿quién entró? Nadie responde;

¿mas qué dudas caben donde
es lo que dudo un aviso?
Aquí entró Alejandro y quiso
avisarme como honrado;
su razón me ha despertado,
que quien pintado horror da,
será vivo lo que va
de lo vivo á lo pintado.
Mas templarme es cobardía;
cuando á mi mano llegó,
¿del que á tanto se atrevió
perdono yo la osadía?
Pedazos, traidor, te haría;
y pues amagando en vano
me está tu impulso villano,
sólo á arrojarte me irrito,
que es fomentar tu delito
tenerte más en la mano.

Sale GREGÜESCO con un azafate de ramilletes.

GREG. Dejadme entrar, epicuros.
DEMETR. ¿Qué es esto?
GREG. Señor, tu gente
pasar no deja un presente.
DEMETR. ¿Por qué?
GREG. Son hombres futuros.
DEMETR. ¿Qué traes?
GREG. Las flores, señor,
que el jardinero te envía
de la quinta cada día,
de quien soy el portador,
aunque nunca á darme un corte
mis muchos pasos te obligan,
siquiera porque no digan
que soy hombre de mal porte.
DEMETR. Yo pagaré al portador.
GREG. ¿Pagaré?
DEMETR. Sí, no lo ignores.
GREG. ¿Y qué es pagaré?
DEMETR. Las flores.
GREG. Pues eso también es flor.
DEMETR. ¿No me fías?
GREG. Ni á mi madre
la fiara yo al pagar.
DEMETR. ¿Por qué?
GREG. Porque por fiar
perdió su hacienda mi padre.
DEMETR. (*Ap.*) (En un ramillete de éstos
un papel suelo tener
de Irene, y éste ha de ser.)
GREG. Todos están bien compuestos;
toma, señor, cual quisieres.
DEMETR. Á veces por el mejor
suele escogerse el peor.
GREG. Así lo hacen las mujeres.
DEMETR. (*Ap.*) (Ya lo siento entre las flores.)
¿Cómo está mi prima, dí?
GREG. (*Ap.*) (De él me he de vengar aquí.)
Señor, muerta.
DEMETR. ¿Qué?
GREG. De amores,
de quien por ella está loco.
DEMETR. ¿Quién?
GREG. Alejandro es su encanto.
DEMETR. ¿Pues tanto le quiere?
GREG. Tanto,
que á ella le parece poco;
pero tiene mil cuestiones
siempre por esta porfía,
y así se están todo el día...
DEMETR. ¿Cómo?
GREG. Como dos pichones.
DEMETR. (*Ap.*) (Oírlo aun siente mi pasión,
de este loco; sacar quiero
el papel, que ver espero.)
¿Y eso es reñir?
GREG. Con razón;
pues porque ella no la goce,
él (que es más tibio en querer)
se acuesta al anochecer
y se levanta á las doce.
Mira si es justa queja ésta,
pues le hace esta compañía,
y no le da en todo el día
más de tres horas de siesta;
y como ella ve que tiene
tal tibieza, siempre está
Alejandro si se va,
Alejandro si se viene;
Alejandro es su porfía,
Alejandro es su festín,
y ha hecho plantar un jardín
de rosas de Alejandría;
y ha hecho que venga un Tebandro,
maestro que fué de Tiburcio,
á enseñar en Quinto Curcio,
por leer cosas de Alejandro;
y un correo por templalla
cada día viene y va,
sólo á saber cómo está
Alejandría de la Palla.
DEMETR. (*Ap.*) (Ya le saqué: verle ahora
quiero, sin dar al deseo
más dilación; mas ¿qué veo?
Este papel es de Aurora.)
GREG. (*Ap.*) (¡Cielos! ¿Si soy alcahuete,
que el Príncipe ha recatado
allí un papel, y se ha estado
escarbando el ramillete?
No es mala la invencioncilla:
que no juegan mal sospecho
á los trucos. ¿Si me han hecho
alcahuete por tablilla?)
DEMETR. (*Ap.*) (Despedir quiero al criado,
por ver lo que amor promete.)
Véte, pues.
GREG. ¿No más de vete
á secas?
DEMETR. Quedo obligado.
GREG. Malo estáis; jamás, por Dios,
tan mal me habéis parecido.
DEMETR. ¿Mal parezco? ¿por qué ha sido?
GREG. No voy pagado de vos.
DEMETR. Véte, que pagar prometo.
GREG. Adiós. (*Ap.*) (Yo, ó ciego he estado,
ó es papel el recatado;
y aunque éste es juicio indiscreto,
por saber la mogiganga,
vive Dios, me hiciera tiras.)
DEMETR. ¿No te has ido ya? ¿qué miras?
GREG. Muy bien hecha está esta manga.
DEMETR. Vén por ella y el vestido
mañana.
GREG. Pues acabad,
que de tres es necedad
no darse por entendido;
dadme la mano que os dejo.
DEMETR. Quita, ¿qué llegas á asirme?

GREG. Yerro siempre en despedirme,
y ahora acerté el papel lejo.
DEMETR. Véte, pues.
GREG. Mil años viva
vuestra Alteza, y las campañas
llene su brazo de hazañas,
pues ya tiene quien le escriba:
lo que el ramillete encierra
puso Irene, que á este fin
le fué á hacer, y en un jardín
la criadilla no es de tierra. (*Vase.*)
DEMETR. Cielos, ¿qué es lo que habrá en él?
¡Que Aurora escribe! ¡Ay amor!
¿Qué dirá? Pero mejor
me lo informará el papel.
(*Lee.*) «Yo vivo desesperada y vuestra ausencia me ha de obligar á lo que no pudiera la vista; hoy asiste Alejandro al Rey en el campo y hace noche fuera; la puerta del jardín estará abierta. Dios os guarde.»
Amor, si es verdad que veo,
mil veces le he de leer,
que aun no lo puedo creer;
mas si esto miro, ¿qué espero?
¿Qué dudo, que no voy ya
á lograr tanto favor?
Aventúrese el honor,
piérdase cuanto le da
á mi atención la esperanza,
conmigo se enoje el Rey
y amenáceme la ley,
tome su esposo venganza,
vea mi corona perdida,
crezca en todos el furor
contra mí y viva mi amor
aunque se pierda la vida.

Habitación de casa de Alejandro.

Sale IRENE.

IRENE. Temblando de la osadía
de Demetrio, el ciego amor
espera la atención mía;
pero ya ha espirado el día,
con que es el riesgo menor.
Gran culpa es la que fomento;
mas disculpa la flaqueza
viendo en mi ama el sentimiento,
en su esposo la tibieza
y en mi maña entendimiento;
que es tal, que si de mi hablilla
se vale para su afán,
rendiré con persuadilla
la mujer del preste Juan
al galán de la Membrilla.
Si él viene doy por lograda
su pasión, aunque alborote
la quinta su voz honrada;
porque está tan perdigada,
que la puede hacer gigote.
¡Con qué elegante oración
he movido su inquietud!
No hay honra á mi tentación,
señores; la persuasión
es grandísima virtud,
y está el Príncipe en tocar
esta guitarra, que espera;
muy diestro debe de estar,
pues ha sabido templar
la prima con la tercera.
Mas considerando estoy
en lo poco que me envía,
que un fué no ha sido hasta hoy;
¿si acaso piensa que soy
alcahueta de obra pía?
Si nada se le derrama
del bolsillo en su trompeta,
¿qué dirá de mí la fama?
Que el perro de la alcahueta
es mayor que el de la dama.
Ruines somos yo y cualquiera;
por ser rico le soy fiel,
sin darme; y si pobre fuera,
por mucho que el pobre diera
no hiciera nada por él;
porque el rico, aunque no da,
da esperanza, y se la fía;
y el pobre, aunque dando está,
pensamos que no tendrá
para darnos otro día.
Mas divertirme no puedo,
que aunque está á obscuras, alerta
conviene estar al enredo.

Salen ALEJANDRO y GREGÜESCO.

GREG. Vamos, señor.
ALEJAND. Entra quedo,
pues está abierta la puerta.
GREG. Con eso el incendio allanas.
ALEJAND. No hagas ruido.
GREG. No haré;
cada vez que siento un pie
pienso que piso avellanas.
ALEJAND. (*Ap.*) (Mi honor silencio me da:
la lealtad de este criado
me obliga á fiarme de él,
pues el aviso me ha dado
que á mi deshonra cruel
amaga tan triste estado.)
Dime, que aunque lo imagino
es mi pena tan cruel,
que aun pienso que es desatino:
¿viste bien si era papel?
GREG. Así tuviera un molino.
ALEJAND. Que sin duda aviso fué
de mi ausencia imaginado.
GREG. Yo, señor, no juraré
que ello fué aviso.
ALEJAND. ¿Por qué?
GREG. Porque él no anduvo avisado.
ALEJAND. Porque no me da sosiego,
antes crecen los enojos,
el ver que yerra en mi fuego.
GREG. ¿Por qué?
ALEJAND. Porque amor es ciego.
GREG. ¿Pues para qué tiene antojos?
ALEJAND. Que el Rey me llegue á estorbar
lo que intento averiguar
temo, porque quiere hacer
noche en la quinta.
GREG. Tened
ojo al Rey y ojo al amor.
IRENE. Ruido siento, el Príncipe es.
ALEJAND. Tened, que siento rumor.
IRENE. Ya es seguro mi interés;
cadena me dará, pues
le eslabono yo el amor.
ALEJAND. ¿Quién será?

GREG. No hay que dudar,
que de Irene trae la nota.
ALEJAND. ¿En qué se ve?
GREG. En el andar
es fácil de brujulear,
porque tiene pies de sota.
IRENE. Que es él, mi dicha no ignora.
¿Señor?
ALEJAND. Sí.
IRENE. Seas bien venido,
porque hallas á mi señora
con gran desconsuelo ahora.
ALEJAND. ¡Cielos! ¿si me ha conocido?
IRENE. Al punto á avisarla voy,
porque de tu ausencia está
fuera de sí. (*Vase.*)
ALEJAND. ¡Sin mí estoy!
Si ya conocido soy,
volverme quiero.
GREG. Detente:
¿por qué al temor te anticipas?
ALEJAND. ¿Pues qué he de decirla?
GREG. Miente;
fíngela un dolor de tripas,
que te ha dado de repente.
ALEJAND. ¿Pues por qué la he de decir
que dejo al Rey, cuando es ley
sus asistencias cumplir?
GREG. Porque es primero asistir
á las tripas, que no al Rey.
ALEJAND. Pues llegado á conocer,
¿cómo saldré de mi duda,
si no la puedo saber?
GREG. Para eso puedes hacer
que se te ordene una ayuda.

Salen AURORA é IRENE.

AURORA. ¿Qué dices?
IRENE. Que ya está aquí.
AURORA. ¡Ay Irene, el corazón
se está saliendo de mí,
que no sé qué turbación
le tiene fuera de sí!
IRENE. Deja ese temor ahora,
no malogres la ocasión,
pues Alejandro lo ignora
y con el Rey está ahora.
AURORA. Un yelo es mi turbación.
IRENE. Señor, ya podéis salir;
habla, pues, ¿en qué reparas?
AURORA. Espera, tú no has de ir.
IRENE. Luces voy á prevenir
para que os veáis las caras. (*Vase.*)
GREG. (*A Alejandro.*) (¡Grande es cierto tu torpeza;
habla, pues te conoció.
ALEJAND. Esto causa mi tibieza.
AURORA. Señor, no pensaba yo
deberos esta fineza;
vuestra ausencia me tenía
ya sin mí; yo imaginaba
que hoy al Rey asistiría,
mas ya la fortuna mía,
mejor que yo imaginaba;
porque al paso que lo extraño,
os lo voy agradeciendo.
ALEJAND. ¿Cómo doy crédito al daño?
Amor, que lo estáis oyendo,
¿puede haber en esto engaño?
AURORA. Y si acaso habéis tenido
duda alguna de mi amor,
que no la tengáis os pido,
porque mi pecho ha vencido
vuestra fineza, señor.
ALEJAND. (*Ap.*) (Cielos, ¿cómo he presumido
que hay ofensa entre los dos?)
(*A Greg.*) (¡Necio! ¿tú creerlo has podido?)
GREG. (Señor, yo nunca he creído
más de lo que manda Dios.)
ALEJAND. (¿Por qué has dudado, por qué
en la fe tan sin igual?)
GREG. (Yo no he dudado en la fe;
miente quien dijere tal.)
AURORA. ¿Qué decís, señor? Ya sé
que ciego dudáis mi amor.

Sale DEMETRIO.

DEMETR. (Abierta la puerta hallé,
pero aquí nadie se ve;
hoy lograré su favor;
al cuarto entraré.) ¿Quién va?
(*Topa con Alejandro.*)
ALEJAND. ¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!
Un hombre se ha entrado acá.
¡Válgame Dios! ¿Quién será?
(*Apártase Alejandro y pasa adelante Demetrio, y topa con Aurora.*)
DEMETR. ¿Quién es?
AURORA. Sola estoy aquí
y en mi fineza prosigo.
DEMETR. ¿Es Aurora?
AURORA. Sí, señor.
¿Aun lo duda vuestro amor?
ALEJAND. (Ella cree que habla conmigo:
retirarme es lo mejor,
por ver lo que intenta aquí.)
AURORA. Sola estoy con vuestra Alteza.
ALEJAND. (*Ap.*) (¡Ay infelice! ¿Qué oí?
¡Caiga el cielo sobre mí!)
DEMETR. Nunca dudé tu fineza,
Aurora; si lo has pensado,
en vano ha sido el temor
que me has dicho.
ALEJAND. (¡Ay desdichado!)
DEMETR. Mas creí que había encontrado
un hombre aquí.
AURORA. Nó, señor;
yo sola con vos estaba.
DEMETR. La obscuridad causa fué.
ALEJAND. (¡Ay de mí! Ella le esperaba,
y por él conmigo hablaba.)
GREG. (*A Alejandro.*) (¿Cómo has dudado en la fe?)
ALEJAND. (Calla, y aquí te retira,
que hoy se verá la venganza
mayor que intentó la ira:
encúbrete bien.)
GREG. (Pues mira
que no se yerre la danza.)
DEMETR. ¿Pues cómo á obscuras, señora,
sola esperabas aquí?
¿Mas cómo mi amor ignora,
que las luces de la Aurora
son bastantes para mí?
AURORA. Al riesgo de estar con vos,
esta obscuridad previene
el sosiego de los dos;
mas ya trae luces Irene.

Sale IRENE con luces.

IRENE. Buenas noches os dé Dios.
ALEJAND. ¡Ah cielos! ¿qué es lo que veo?
Honor, que lo estás mirando,
¿es cierto? (¡Que de la duda,
para no morir, me valgo!)
AURORA. ¡Ay de mí! Al veros con luz,
no sé qué asombro reparo
en vuestro rostro, señor,
que me turba un sobresalto.
DEMETR. ¿Asombro en mí, bella Aurora?
¿De qué, si yo te idolatro?
IRENE. Señor, abierta la puerta,
con riesgo aquí estás hablando.
AURORA. Mientras yo la cierro, adentro,
Irene, sigue mis pasos
y nunca me dejes sola.
IRENE. (¡Buen melindre!) Ya lo hago.
GREG. (¡Oh arcabuz! en una noria
te vea yo boca abajo,
y por la boca quebrada
se te salgan los livianos.)
DEMETR. Vamos, pues.
AURORA. ¡Cielos, qué veo!
Tente, señor. Alejandro,
¿tú la espada contra mí?
¿Qué, qué es esto, cielos santos?
DEMETR. ¿Qué haces, Aurora? ¿Qué dices?
AURORA. Alejandro está en mi cuarto:
señor, amparadme vos.
DEMETR. ¿Que dices? ¿Aquí Alejandro?
IRENE. Señora, ¿cómo es posible,
si yo de allá dentro salgo,
y está todo el cuarto solo
y él con el Rey en el campo?
DEMETR. Mira que ha sido ilusión.
AURORA. Con el acero en la mano
le ví, señor, ó el temor
me le representa airado.
ALEJAND. (¡Oh efecto de honor y fuerza
de delito tan tirano!)
DEMETR. ¿Si es fantasía qué temes?
IRENE. Miedo es, señor, pero vano.
AURORA. ¡Ay señor, volvéos al punto,
que al riesgo basta este amago,
que acaso el cielo me avisa,
y á mi honor basta un acaso.
DEMETR. ¿Pues das crédito á una sombra?
IRENE. Entra, que ha sido un engaño.
ALEJAND. (Por lograrla mejor, sólo
ya mi venganza dilato.)
DEMETR. Vén, pues, Aurora, que yo
iré delante alumbrando.
AURORA. ¡Ay de mí!
DEMETR. ¿Qué es lo que temes?
AURORA. Á mi esposo.
DEMETR. Yo te amparo.
AURORA. Yo le ví.
DEMETR. Fué fantasía.
AURORA. Sin mí estoy.
DEMETR. Vén, que es en vano.
AURORA. Irene, al punto me sigue.
IRENE. Tras tí voy.
DEMETR. ¿Qué vas dudando?
AURORA. Que doy, señor, imagino,
hacia la muerte esos pasos. (*Vase.*)
IRENE. (¿Yo seguirla? No haré tal,
escurro por otro lado,
que si el Príncipe ha de darme,
contra mí es irle á la mano.) (*Vase.*)
ALEJAND. (*Saliendo de donde estaba oculto.*)
Ahora, honor, á la venganza:
quédate tú en este patio,
por si vuelve esta criada.
GREG. Eso déjalo á mi cargo;
tú á la tuya, y yo á la mía,
que también soy yo agraviado.
ALEJAND. Ya, honor, tu causa se ha visto
en la sala del agravio,
donde la razón preside:
y á la verdad hizo el cargo,
pues el fiscal y el delito
contextemente probado
por mí, pues ojos y oídos
en la probanza juraron,
callaron duda y amor,
que eran los dos abogados,
y no hallando la disculpa,
echó la razón el fallo.
Que yo ejecute el castigo
manda la ley de honor sacro,
y ya para la venganza
tomo el acero en la mano;
el corazón se despulsa,
del pecho se arranca á saltos,
rayos arrojan los ojos,
y balbucientes los labios
titubean las razones;
ea, honor, ya llegó el plazo;
ea, pues, á andar no acierto:
los pasos yerro temblando,
que un honor obscurecido
va dando á ciegas los pasos. (*Vase.*)
GREG. Ea, infante vengador,
pégale de arriba abajo,
y muera Irene, esa perra;
¿mas por qué ofensa ó qué trato?
Ofensa grande, pues mete
un galán de contrabando,
siendo yo en esta Aduana
el juez del alcahuetazgo;
mas ya las espadas suenan
á almirez de boticario.
AURORA. (*Dentro.*) Muerta soy.
GREG. Requiem æternam,
famulorum famularum.
DEMETR. Hombre ó demonio, ¿quién eres?
ALEJAND. Quien lava su honor manchado.
DEMETR. Mataréte, vive el cielo.
(*Salen riñendo.*)
GREG. Dále, que estoy á tu lado.
DEMETR. ¿No me conoces? ¿Qué intentas?
ALEJAND. Ser contra mí fiel vasallo,
echar mi espada á tus plantas,
pues en tí, aunque eres tirano,
no pueden cortar sus filos,
y pedirte arrodillado
que no me dejes la vida
para sentir ese agravio.
DEMETR. Esa lealtad que te emplea,
ofendido é injuriado,
me reporta á mí también
para no hacerte pedazos;
véte ya.
ALEJAND. Dame la muerte,
pues el honor me has quitado:
mátame, señor, ¿qué esperas?

mátame.

DEMETR. Véte, Alejandro.

REY. (*Dentro.*) Derribad ó abrid las puertas.

GREG. El Rey es.

ALEJAND. Príncipe ingrato,
mátame, no me hallen vivo
los que han de verme agraviado.

DEMETR. ¡Deja ese empeño terrible!

ALEJAND. ¡Ay de mí! ¿Qué estás dudando?
Mátame.

GREG. ¿Qué, á mí me dices?

ALEJAND. Sí, mátame.

GREG. Yo no mato.

ALEJAND. Pásame el pecho.

GREG. Señor,
yo tengo juego, y no paso.

ALEJAND. Pues yo lo haré con mi acero.

GREG. ¡Tente, señor!

ALEJAND. Con mis manos
me he de matar.

DEMETR. No le dejes.

REY. Entrad dentro de este cuarto.

DEMETR. Á gran riesgo estoy.

REY. ¿Qué es eso?

ALEJAND. ¡Ah crueles! ¡Ah tiranos,
que no queréis darme muerte!
¡Pero el cielo tiene rayos!
¡Yo procuraré sus iras;
ahora es tiempo, cielo santo!

Salen EL REY, NISE, DAMAS, FILIPO y todo el acompañamiento.

REY. ¿Qué es esto? ¿Vos descompuesto
en mi presencia, Alejandro?

ALEJAND. Morir quiero, nada temo,
ya sólo morir aguardo.

REY. ¿Qué tenéis? ¿Qué ha sucedido?

ALEJAND. Ser para mí el cielo ingrato,
los hombres y los rigores,
pues matarme deseando,
ni su traición lo permite
ni los provoca mi labio.
No quiero vida, no quiero
fama, nombre, honor ni lauro;
sólo quiero eterno olvido
en el silencio de un mármol.
Ya veis, señor, que la causa
dísteis al dolor que paso;
de mi triste muerte el cielo
os haga el violento cargo;
de leal quedo sin honra;
y porque veáis que mi agravio
satisfice cuanto pude,
volved los ojos al caso.
(*Descubren á Aurora muerta.*)
Esta es, señor, mi desdicha;
lo que ignoráis, preguntadlo
al Príncipe, que está aquí;
como noble y fiel vasallo
pude lograr mi venganza,
lo demás no está en mi mano. (*Vase.*)

REY. Espera, Alejandro, espera:
¡viven los cielos sagrados,
que he de restaurar tu honor,
pues á mí me has hecho el cargo!

NISE. Ni en dolor ni amor hay ojos
para ver tan triste caso.

REY. ¿Demetrio?

DEMETR. Señor, si yo....

REY. No pregunto, sino mando
que deis la espada á Filipo.

DEMETR. Para obedecer la traigo.

REY. Llevadle, Filipo, vos,
de mi guardia acompañado,
y luégo sin dilación
en un público teatro
hacedle sacar los ojos.

DEMETR. ¿Señor?

REY. Replicas en vano:
la ley se ha de ejecutar,
¡ó viven los cielos sacros,
que con los ojos os haga
sacar el alma, tirano!
¡Ea, llevadle!

FILIPO. ¡Señor!...

DEMETR. Pues si no hay remedio, vamos. (*Vanse.*)

REY. Llamadme á Alejandro luégo.

NISE. Señor, sucedido el caso,
aunque el alma me penetra
la desdicha de Alejandro,
mirad que Demetrio es
Príncipe, que ha de heredaros;
¿cómo ha de quedar sin ojos?

REY. Dando ejemplo á mis vasallos,
sacro respeto á las leyes,
eterno renombre al brazo
de mi justicia, y castigo
á la ofensa de Alejandro.

GREG. Bien haya quien te parió,
rey justiciero, rey sabio,
rey grande, rey de tapiz,
con un cetro y ropón largo.

DENTRO. ¡Viva el Príncipe!

REY. ¿Qué es esto?

DENTRO. Al Príncipe defendamos.

NISE. Señor, ¿qué alboroto es éste?

Sale FILIPO.

FILIPO. Señor, todos conjurados
los grandes de vuestro reino,
como leales vasallos,
al Príncipe librar quieren.

REY. Pena de traidores mando,
que ninguno le defienda.

DENTRO. No está el Príncipe obligado
á la pena de la ley.

REY. ¿Qué es nó, traidores? Matadlos.
¡Ah de mi guardia!

Sale ALEJANDRO.

ALEJAND. Señor,
si yo á tus pies soberanos
puedo templar el rigor
de la justicia en tu brazo,
la parte soy agraviada,
y yo perdono mi agravio
porque mi príncipe viva
sin falta, que importa tanto.

NISE. Y yo, señor, á tus plantas
te suplico que en mi hermano
se modere este castigo,
pues para honrar á Alejandro
tienes honor y poder.

REY. Eso intento, levantáos;
la ley se ha de ejecutar,
que pierde el honor de ley,
si aun por un hijo de un rey
se llegase á quebrantar,

y mejor podrá reinar
ciego él que con ojos yo,
pues á él la ley le obligó;
quien fuere de ella enemigo,
temblará de aquel castigo
que en su rey se ejecutó.
No ha de quebrantarse aquí;
dos ojos mandé sacar,
uno el Príncipe ha de dar
y otro han de sacarme á mí;
piedad y justicia así
tendrán en él igualdad,
pues cuando con majestad
rija el cetro, á que le obligo,
tendrá en un ojo el castigo
y en el otro la piedad.
Esto, Alejandro, es cumplir
con la fuerza de la ley,
y con tu honor injuriado
es fuerza cumplir también;
y pues yo te debo dar
el honor que te quité,
dando ocasión á tu afrenta,
para restaurarte en él
con la corona de Aténas,
tuya es Nise.

NISE. ¡Qué escuché!

ALEJAND. Cielos, ¡qué extraña ventura!

NISE. Dichoso el mal que tal bien
ha causado.

REY. Ea, ¿qué esperas?
da á Nise la mano, pues.

NISE. Llega, Alejandro, á mis brazos.

ALEJAND. Con el alma llegaré.

GREG. Vivan los dos reyes tuertos,
á par de Matusalén.

REY. Así la ley cumplir hizo
este valeroso rey.
Y si esta historia os agrada,
porque verdadera es,
dad vuestro aplauso al poeta
que la escribe, para que
tengan los hombres respeto
á LA FUERZA DE LA LEY.


3 0112 127850185